

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1944

SUMARIO:

<i>Thomas Mann</i>	FANTASMAS VERBALES
<i>Henry Lefebvre</i>	NIETZSCHE Y EL FASCISMO HITLERIANO
<i>Jean Cassou</i>	FLORA TRISTÁN Y «LA UNION OBRERA»
<i>González Vera</i>	BUSCADORES DE DIOS
<i>Enrique Espinoza</i>	B. SANÍN CANO
<i>B. Sanín Cano</i>	UN LIBERAL A LA ANTIGUA, UN AMANTE A LA MODERNA
<i>Manuel Rojas</i>	VERSOS PARA LA REVOLUCION DE OCTUBRE
<i>Edmund Wilson</i>	ARTE, MARXISMO Y LITERATURA
<i>Hernán Gómez</i>	LOS MARTIRES Y VENCEDORES DE LA MUERTE
<i>Arthur Rosenberg</i>	CÓMO TOMARON EL PODER LOS BOLCHÉVIQUES

Santiago **24** *de Chile*

NOVELAS Y CUENTOS DE CHILE

TAMARUGAL, por Eduardo Barrios.	\$ 25
VIENTO NEGRO, por Juan Marín.	25
SUB-TERRA, por Baldomero Lillo.	20
SUB-SOLE, por Baldomero Lillo.	20
RELATOS POPULARES, por Baldomero Lillo.	20
ZURZULITA, por Mariano Latorre.	20
ULLY, por Mariano Latorre.	10
CUNA DE CONDORES, por Mariano Latorre.	15
TRAVESIA, por Manuel Rojas.	15
COMPAÑEROS DE VIAJE, por Enrique Espinoza.	15
EL CHILENO EN MADRID, por J. Edwards Bello.	20
LA ULTIMA NIEBLA, por María Luisa Bombal.	20
LA AMORTAJADA, por María Luisa Bombal.	20

PEDIDOS A LA

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

Ahumada 125

Santiago de Chile

Los pedidos de provincia acompañados de su importe en giro postal o letra bancaria, no pagan gastos de remisión

EDICIONES "CULTURA"

COLECCION

NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

VOL. I

MUERTE EN EL VALLE

por Bernardo Kordon

Uno de los más significativos valores de la nueva novela argentina en una fiel y recia interpretación de Santiago.

Edición de lujo \$ 25

VOL. II

LOSHOMBRES OSCUROS

por Nicomedes Guzmán

Uno de los poquísimos escritores de Chile que se han enfrentado a la angustia nacional a través del heroico padecimiento del pueblo.

3.ª Edición de lujo \$ 25

LA EDITORIAL "CULTURA"

atiende pedidos directos:

Huérfanos 1165 - Casilla 4130 - Santiago

Thomas Mann

Fantasmas verbales

Fragmento de un discurso pronunciado en Chicago
Copyright by «Deutsche Blaetter»

En marzo de 1932, un año antes de abandonar Alemania, pronuncié con motivo del centenario de la muerte de Goethe, una alocución en la Academia Prusiana de Artes, que terminaba con las palabras: "El crédito que la Historia concede todavía a la república burguesa, a la sociedad democrático-burguesa, este crédito a corto plazo ya, descansa sobre la fe aún mantenida en pie, de que la Democracia, pese a lo que pretendan sus enemigos en la lucha por el poder, *también puede* conducir al Estado y a la economía hacia un mundo nuevo". Esta advertencia, entonces dirigida a la clase media alemana, podría dirigirse hoy a todo el mundo burgués del Occidente. Si éste no encuentra valor para apoyarse en esta guerra, y después, en las fuerzas populares, ver en aquélla una verdadera *people's war* y querer un mundo realmente nuevo, más libre y más justo, la democracia social; si en lugar de ello, y olvidándose de su propia tradición revolucionaria, se liga con los poderes del viejo orden, del sólo llamado orden, con tal de evitar lo que califica de "anarquía", es decir, todo lo revolucionario, entonces la fe de los pueblos de Europa oprimidos por el fascismo quedará agotada y todos, Alemania a la cabeza, se volverán hacia el poder del Este, en cuyo socialismo la idea de la libertad burguesa no encuentra ya cabida.

Ustedes verán que yo no encuentro el ideal humano en un socialismo en el que la idea de la igualdad predomina totalmente sobre la de la libertad y creo estar libre de sospecha de ser un precursor del comunismo. Sin embargo, no puedo menos de ver en el terror del mundo burgués ante la palabra comunis-

mo, en este pánico del que tanto tiempo ha vivido el fascismo, algo supersticioso e infantil, la estupidez fundamental de nuestra época. Esta palabra se parece realmente a un fantasma con que se asusta a los niños. El comunismo es el Pedro Botero de la burguesía, exactamente igual como lo era en Alemania la socialdemocracia, allá por 1880. Entonces, bajo Bismarck era la encarnación de todo arrasamiento y disolución sans-culottistas, y de la subversión caótica. Oigo aún al Director de nuestra escuela gritarnos, cuando algunos chicos malos de entre nosotros habían cortado con un cuchillo bancos y mesas: "Os habéis portado como socialdemócratas". Hoy diría: "¡Como comunistas!", pues el socialdemócrata se convirtió mientras tanto en una buena persona que no inspira miedo a nadie.

Entiéndaseme bien: el comunismo es un programa político-económico, claramente circunscrito, fundado en la dictadura de una clase, el proletariado, nacido del materialismo histórico del siglo diecinueve y, en esta forma, fuertemente vinculado al tiempo. Como visión es, sin embargo, al mismo tiempo mucho más antiguo y contiene también elementos que sólo pertenecen al mundo del porvenir. Es más antiguo porque ya los movimientos religiosos populares del medioevo declinante tenían un carácter escatológico-comunista: ya entonces la tierra, el agua, el aire, la caza, los peces y las aves debían de ser propiedad común, también debían los señores ganarse el pan cotidiano y todos los gravámenes e impuestos debían quedar abolidos. Así el comunismo es más antiguo que Marx y que el siglo diecinueve. Pero pertenece al futuro en cuanto a que el mundo que vendrá después de nosotros, en el que vivirán nuestros hijos y nietos, y que lentamente comienza a descubrir sus contornos, es difícil de figurarse sin rasgos comunistas: es decir, sin la idea fundamental del derecho común de propiedad y consumo de los bienes de la tierra, sin la nivelación de las diferencias de clase, sin el derecho al trabajo y la obligación de trabajo para todos.

Un país de audaces adelantos como Estados Unidos, que nunca ha negado que su formación debíase al espíritu pio-

neer, nos ofrece el gusto anticipado de este mundo venidero con su equilibrio y su trabajo que a nadie deshonra. La comunidad de los artículos de consumo y medios de instrucción es casi completa. Todo el mundo fuma los mismos cigarrillos, come los mismos helados, ve las mismas películas, escucha en la radio la misma música, incluso las diferencias en la indumentaria, en la ropa, desaparecen más y más, y el estudiante que con su trabajo manual se gana los medios para seguir los estudios, lo que en la Europa burguesa significaría rebajarse en su dignidad de clase, es un fenómeno cotidiano.

¿Por qué digo todo esto? Porque encuentro que *no debemos asustarnos*, no, de fantasmas verbales como el "comunismo". Pues nuestro miedo es fuente de valor para nuestros enemigos. Con las modificaciones sociales ocurre igual que con el desarrollo en la música que el oído profano percibe siempre al principio como una cacofonía salvaje y fraudulenta, como la disolución de todos los vínculos, como el "fin", hasta que el oído alcanza a comprender y se acostumbra a lo nuevo. Hoy nadie cree que en su tiempo Mozart parecía demasiado ampuloso y exagerada su armonía, que, en comparación con Donizetti, Verdi parecía difícilísimo, que Beethoven era inaguantablemente estafalario, Wagner una música loca del futuro, Mahler un ruido incomprensible. Cada vez el oído humano iba alcanzándola lentamente, pues la música lo necesita, y se percibe como música lo que los músicos producen, no arbitrariamente, no por petulancia, sino por deber, porque se lo prescriben el espíritu de la época y el desarrollo histórico.

A las modificaciones del oído corresponde la modificación de un órgano que podríamos llamar *conciencia social*. ¿Cuántas modificaciones y cambios se habían operado en ella desde los tiempos en que las murenas se cebaban con carne de esclavos, y otra vez desde el comienzo de la época industrial! La propiedad privada es, con toda probabilidad, algo indestructiblemente humano. Pero ¿cuánto cambió, incluso dentro de los términos de nuestra vida personal, el concepto de la propiedad, cómo se fué debilitando y condicionando, por no decir socavando, por las li-

mitaciones del derecho de herencia, por su legislación tributaria, que en algunos casos linda con la expropiación! ¡Cuánto tuvo que acomodarse la libertad individual, estrechamente relacionada con el concepto de la propiedad, a la exigencia colectiva, y lo hizo *imperceptiblemente*, en el trascurso del tiempo! La idea de la libertad, antaño la revolución misma, realizada en la soberanía de los Estados nacionales, se encuentra hoy, en cierto modo, en demolición, es decir, se está buscando un equilibrio nuevo entre los dos conceptos fundamentales de la democracia moderna: libertad e igualdad. Aquélla es cada vez más fuertemente condicionada por ésta. A la soberanía del Estado nacional se le exigen ciertos sacrificios y abdicaciones a favor del gran todo, de la comunidad.

Comunidad, he aquí la raíz del terrorífico vocablo "comunismo", con que Hitler hizo sus conquistas. No me cabe duda alguna de que el mundo y el hombre se mueven *nolens, volens* e inconteniblemente hacia una forma de vida para la que el epíteto "comunista" es todavía el más apropiado, es decir hacia una forma de vida de comunidad, de dependencia y responsabilidad mutuas, de común derecho al consumo de los bienes de esta tierra simplemente a consecuencia de la conexión entre el espacio terrenal, su empequeñecimiento por la técnica y la familiarización del mundo en el que todos tienen derecho de ciudadanía y cuya administración interesa a todos.

TRADUCCIÓN AUTORIZADA DEL ORIGINAL ALEMÁN
POR MAURICIO AMSTER

Henni Lefebvre

Nietzsche y el fascismo hitleriano

Si Nietzsche hubiera vivido tan largamente como Goethe o Kant, habría visto formarse este movimiento que tan ruidosamente le invoca: el hitlerismo...

La filosofía hitleriana reivindica a Nietzsche, éste ha recibido una especie de investidura oficial, en cuanto maestro espiritual del fascismo, el día en que el *Fuhrer* ha sido solemnemente recibido en Weimar por la hermana del filósofo, en la casa misma en donde Nietzsche murió, donde se conservan sus manuscritos y los objetos que le pertenecieron.

¿En qué medida esta pretensión está justificada?

Concerniente a Alemania la actitud de Nietzsche ha sido demasiado incierta, siempre problemática, siempre cambiante. Y, sin embargo, sus últimos escritos, en especial, *Ecce Homo*, no dejan lugar a dudas sobre su verdadero pensamiento. Nietzsche anhelaba la expansión del germanismo en lo que tenía de profundo. Consideraba a la Alemania imperialista la gran criminal ante el espíritu (1).

Pero la polémica a fuerza de citas parece bastante vana, dado que Nietzsche toma sobre todos los problemas de su tiempo posiciones contradictorias.

(1) Textos decisivos en los cuales Nietzsche se pronuncia contra el nacionalismo; el estatismo, el militarismo, el antisemitismo han sido reunidos en muchos estudios y especialmente en el libro de M. P. Nicolas: *De Nietzsche a Hitler*. (Cf. Cartas a Fritsch sobre «las habladurías nauseabundas» y «las falsificaciones de conceptos tan vagos como germanismo, semita, ario, alemán»; cf. Carta a Bollé: «Esta fumistería de la raza», cf. la afirmación de la superioridad de los judíos sobre los alemanes, en «Más allá del bien y del mal», 251 etc.)

Si se considera la inspiración y el movimiento de su pensamiento, se llega a las conclusiones siguientes:

La idea nietzscheana del mito puede ser recogida y utilizada por el fascismo. Le suministra la apología de lo irracional, de lo primitivo, de lo racial, de que tiene necesidad. *Los Orígenes de la tragedia* pueden pasar por un síntoma precursor de la crisis cultural y política del mundo occidental y por un punto de partida del pensamiento fascista. En la ideología hitleriana, Nietzsche hubiera quizá reconocido su pesimismo, su culto del heroísmo y de la tragedia; quizá hubiera incluso encontrado su deseo de justificar la realidad tal cual es y de considerar el destino, por distinto que sea, como transfigurado desde que se la ha reconocido y aceptado.

Y, no obstante, ya *Zaratustra* rebasaba la idea de una figura mística, surgiendo de las tinieblas de la naturaleza, de la raza, de la comunidad primitiva.

La idea nietzscheana del porvenir no es fascista; a pesar de sus fluctuaciones, el fin de Nietzsche era el de rebasar al hombre biológico y al hombre actual. ¡Rebasar! ¡Sobrepasar! Este imperativo nietzscheano es precisamente lo contrario del postulado fascista según el cual los conflictos son eternos y los problemas humanos no tienen solución.

Nietzsche no hubiera podido soportar, en la ideología hitleriana, la "rumia" histórica del pasado, el culto del Estado, el desdén por la universalización del individuo y de la conciencia.

Se puede resumir en una breve fórmula el resultado de este análisis: el nietzscheismo, fascista corresponde muy exactamente al wagnerismo y a la época wagneriana de Nietzsche. El fascismo es wagneriano por su gusto del efecto teatral, de la grandilocuencia y del heroísmo pomposo por lo que Nietzsche llamaba el histrionismo. Se enlaza a los mitos wagnerianos. Sigfrido es la gran figura propuesta a la juventud fascista. Y por lo demás, Wagner fué un tráfuga del socialismo, que se pasó al misticismo y al nacionalismo! Pero Nietzsche se esforzó siempre por sobrepasar a Wagner en sí mismo...

La bestezuela del rebaño, el hombre humillado y nivelado, el hombre del resentimiento, ¿no es acaso el hombre de las masas fascistas? Nietzsche no amaba a las masas; el fascismo las halaga en tanto que masas, para mantenerlas en la situación de masas.

Por otra parte, he aquí lo que piensa del nietzscheismo fascista, el más grande y más auténtico de los nietzscheanos actuales, Thomas Mann, en su "Advertencia a Europa":

... "Los ataques apasionados de Nietzsche contra Platón, contra Sócrates y contra el cristianismo, venían de un hombre que estaba más cerca de Pascal que de César Borgia y de Maquiavelo. Era la lucha ascética de un cristiano que trataba de elevarse sobre sí mismo. Por razones semejantes Marx combatía como idealista, la noción de verdad y de moral del idealismo alemán, por amor a una verdad y una justicia nuevas, y no por desprecio del espíritu".

El fascismo se ha apoderado del tema del heroísmo. Que haya entre los fascistas una jerarquía y en la juventud hitleriana o mussoliniana un ardor, un heroísmo engañado, pero sincero, no puede negarse. Los dictadores fascistas ponen a los hombres delante de la eventualidad de su sacrificio como delante de su destino inevitable...

Los marxistas pueden volverse guerreros, pero sin valores de guerra. Les ha sucedido, les sucederá todavía, el sacrificarse sin creer que su sacrificio tenga un sentido místico; el morir sin misticismo de la muerte, sino para la vida, e incluso sabiendo que la vida es irremplazable. Morir sabiendo que esta muerte no es más que una muerte entre tantas otras —morir por la vida que se ama y cuyo porvenir se quiere preservar—¿no es una más alta complejidad del alma, una tensión y un poder más cercanos de lo "sobrehumano"? ¿Y no es el sentido más elevado de lo trágico y del heroísmo?.

Nietzsche ha tenido el mérito inmenso de ocuparse del hombre. La filosofía del siglo XIX se ocupa de la idea o de lo inconsciente del mundo, mucho más que del hombre. Incluso cuando nos la propone bajo la forma de un mito, Nietzsche nos

propone una idea del hombre: el hombre total, que sobrepasa la situación actual de lo humano, la dispersión y el antagonismo de las potencias, y se vuelve unidad total, vida y espíritu. El hombre se crea rebasando. ¡Lo sobrehumano de Nietzsche es lo humano!...

¿Qué es una cultura? Nietzsche ha respondido a esta cuestión fundamental de nuestra época. Una verdadera cultura es a la vez una manera de vivir, de pensar y de obrar. Es el sentimiento de la vida incorporado en una comunidad humana. Implica una relación del hombre consigo mismo y con el mundo.

La gran cultura del porvenir debe integrar lo cósmico en lo humano, el instinto en la conciencia. Será la cultura del hombre total. Supone un orden interior y exterior, una jerarquía de los valores y de los poderes humanos en su unidad. Estas ideas nietzscheanas alcanzarán una importancia y un "valor" crecientes. Se integran naturalmente en la concepción marxista del hombre.

Es por lo que es absurdo escribir: Nietzsche contra Marx (2).

La voluntad de porvenir de Nietzsche fué magnífica. En él el hombre de nuestra época quiso, sufrió, se desesperó y volvió siempre a la esperanza. Y esto es lo que da a la vida su carácter único. ¿Quién osaría, en fin, reprocharnos, un resto de ternura por las cosas que tienen que perecer? Para hablar una vez más el lenguaje de Nietzsche ¿no es así cómo sabremos reconocer estas cosas y arrancarlas hasta las raíces?...

Jean Cassou

Flora Tristán y «La Unión Obrera»

Esta mujer inspirada marca la transformación del *Compagnonnage* ritual y estático en acción. Antes que Marx, preconiza la unión de los proletarios y extiende dicha unión al universo. Es una precursora de la Internacional. Señalada con el doble sello romántico de la belleza y el infortunio, la Paria emprende la peregrinación por Francia, según el itinerario tradicional: Auxerre, Dijon, Chalon, Saint-Etienne, Macon, Lyon, Avignon, Marsella, Nimes, Montpellier, Béziers, Carcassonne, Toulouse, Montauban, Agen, Bordeaux, La Rochelle, Nantes, Angérs, Saumur, Tours, Orleans. Con su pequeño libro en la mano como un evangelio de los tiempos futuros, Flora Tristán va a reunir a los obreros para predicarles la unión y la acción; y no teme tampoco dirigirse a los patronos, solicitarles cotización para su libro, tratando de interesarlos en la suerte de sus obreros. La mayoría, comprendiendo de qué se trata, clama que no desea de ningún modo proporcionar "las vergas para ser azotados" (1). No deja de ser bastante curioso, sin embargo, recorrer la lista de los suscriptores de las dos ediciones de "La Unión Obrera". Figuran allí los siguientes nombres: Hortense Allard de Meritens, la princesa Belgiojoso, Béranger, Bocage, Luise Colet, Considerant, Marceline Desbordes-Valmore, Marie Dorval, Frédérick Lamaitre, Martínez de la Rosa, Perdiguier, Ponsard, George Sand. Pero más curiosa todavía es la lista de las "personas que me han rechazado" y que Flora estigmatiza con observaciones agudas.

El señor Odillón Barrot me recibió más que friamente y se ha negado diciéndome que, sin duda, mi libro era *peligroso*, y

(2) Drieu la Rochelle, *Socialisme faciste*. (N, R. F.)

(1) Jules L. Puech, *La vie et l'oeuvre de Flora Tristán*, p. 367, Marcel Riviere, París, 1925,

subversivo, puesto que la Falange había insertado dos extractos. El señor Marie se ha negado porque teme que mi trabajo sea comunista. El señor Laffite me recibió con gran sequedad, *groseramente*, y se ha negado, diciéndome que él no se ocupaba más de los obreros, que se había retirado de todo movimiento y que no deseaba cooperar en ninguna de esas cosas, que ya estaba cansado. Salí acongojada. Pensar que di 10 francos para la suscripción destinada a rescatar su casa y hoy el hombre se niega a dar 10 francos para ayudar a los obreros a salir de su miseria. El señor Rodchil se ha negado, diciéndome que no se ocupaba de *Literatura*. Pero se portó en forma menos grosera que su colega el señor Laffite; se levantó para recibirme, me condujo hasta la puerta y me saludó. El señor Laffite no hizo ni siquiera una ligera inclinación de cabeza. No recuerdo que alguien me haya recibido nunca en esa forma. Varios académicos se negaron porque se habían hecho el propósito de no suscribirse jamás a ninguna obra. La señora Barenne, dueña de una casa de modas de la Plaza Vendôme se negó a recibirme porque no le gustaba oír hablar de esa *canalla de pueblo*. El señor Charles Ledru se ha negado porque no desea ver ligado su nombre a ninguna publicación fabulosa! Todos los industriales a quienes me he dirigido, se negaron secretamente, groseramente, porque los obreros son la *canalla* y no quieren ocuparse de ellos (2).

Los obstáculos no desanimaron a la Paria. Sus aventuras de mujer, la experiencia de un destino vagabundo que la obligó a probar suerte y a buscar un poco de clemencia a través de los mares en ese lejano Perú en donde estaban sus orígenes, todo esto la ayudó a soportar las humillaciones en la campaña que emprende, no por ella sino por sus hermanos obreros. Feminismo y socialismo se confundían en su corazón, siguiendo en eso la tradición sansimoniana.

LA MUJER Y EL PROLETARIO tienen los dos necesidad de liberarse. Ambos, doblados por la esclavitud, deben darnos la mano y revelarnos una y otro, un lenguaje nuevo (3).

(2) J. L. Puech, op. cit., pp. 439 a 446. La ortografía de Flora Tristán ha sido respetada.

(3) *Religion saint-simoniene. Réunion générale de la famille. Séances des 19 et 21 novembre 1831. Note sur le mariage et le divorce*, p. 4. Paris 1831. Citado por J. L. Puech, op. cit. p. 337. nota.

He aquí a Flora que va de ciudad en ciudad, recibida en los pequeños círculos falansterianos y en las logias masónicas, donde organiza reuniones de obreros. Va sin cansarse, inquietando a la policía e inspirando a su paso la devoción, la resistencia, la incomprensión, la furia o el amor, y dejando tras de sí esa leyenda que dejan las santas. No llegó al término de su peregrinaje. La fatiga, la enfermedad, el consumo de la llama interior la detuvieron en Burdeos. Allí murió en los brazos de sus amigos sansimonianos, Carlos y Elisa Lemonnier [el 14 de Noviembre de 1844]. Cuatro obreros llevaron su féretro en el entierro: un carpintero, un sastre, un hojalatero y un cerrajero. Y una suscripción obrera permitió erigir sobre su tumba un monumento que fué inaugurado un domingo de Octubre del año 1848. En esta ceremonia el tonelero Vigier leyó un poema cuyas estrofas, respondiéndolo al deseo ardiente y obstinado de esta mujer extraordinaria, empezaban con estas palabras: "Sí, nos uniremos..."

La sangre exótica de Flora Tristán y su genio aventurero renacerían en ese sublime héroe de la anarquía que fué su nieto, Paul Gauguin...

González Vera

Buscadores de Dios

*El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.*

ANTONIO MACHADO

Cuando la religión dió por cierto que existía Dios, afirmación tan audaz como grandiosa, satisfizo a millares de individuos que no se quieren a sí mismos, ni se consideran fines y encuentran insufrible ser, únicamente, mohosos eslabones de la especie.

Pero los Padres de la Iglesia no estuvieron en su mejor día al definir el carácter de Dios, y menos aún al sentar que su aserto valía para siempre.

Como fué concebido pudo ser bueno para uno o dos siglos.

La consecuencia es que un tercio cree, otro niega y el último desearía creer.

Párrocos, rabinos, popes, pastores y demás creyentes profesionales siéntense arrastrados por la hipótesis de la existencia, y también las multitudes educadas en dicha certidumbre.

Es grata la negación a los ateos, los soberbios y tales o cuales investigadores que —por comodidad—, no aceptan sino lo que aparece en su cotidiano avalúo de la materia.

Los ansiosos de creer (los religiosos puros) forman un grupo heterogéneo. Unos creyeron, dudaron y querrían reempezar; otros están descontentos con los halagos del mundo y presienten que su salvación, aunque fuera momentánea, podría estar en el espíritu; hay quienes no se resignan a morir del todo; otros consideran impoético haberse asomado al mundo y terminar en el cementerio. ¿Qué hacer?

BABEL

¿En vez de considerar a Dios como existente, con atributos fijos y poder invariable, por qué no derivamos —con humildad— hacia la idea de que pudiera existir?

Confiaríamos su busca a los religiosos puros. Al principio cada uno obraría a tientas, sujeto a su particular inspiración.

El éxtasis —estado en que no sentimos el cuerpo, ninguna preocupación nos turba y somos un haz con el ambiente—, sería el medio de vislumbrar a Dios, recibir su influjo o sentirlo. Es verdad que el éxtasis sólo está al alcance de los ricos, y al principio no se contará sino con busquedantes obreros, cuya fortuna es el porvenir. El obrero, por la índole penosa de su tarea, basada casi siempre en un gran esfuerzo físico, que lo deja exangüe —proclive al sueño—, no tendría jamás acceso al éxtasis.

Deberá permitir, el método de los buscadores de Dios, tanto al conductor de vehículos como al que maneje una herramienta, elevarse a un intenso grado de sublimación dinámica, pues así no habría trabajador que no tuviera la expectativa de encontrarlo.

Entre los buscadores habrá ingenuos, escandalosos u optimistas que pretenderán descubrirlo de inmediato. Será menester precaverse con dulzura contra su celo inmoderado.

La búsqueda por tiempo indefinido causaría desilusión a muchos hombres de flaco espíritu. Se debe reflexionar y acordar un plazo. Tal vez mil años.

Esta nueva religión atraerá a los religiosos puros, a los perplejos y a numerosos individuos superficiales que deseaurán entretenerse a poco costo. Convendrá que unos y otros prueben su generosidad obligándose a una contribución periódica, no por lo que ésta represente, que también es útil, sino como símbolo de encendimiento.

No se reconocerá calidad de buscadores, antes de un lustro, a quienes abandonen otras religiones. Fuera de ser una cortesía para las viejas iglesias, que han construído sus verdades a través de milenios y necesitan mantener a innúmeros ser-

vidores, evitará cualquier asomo de competencia y, más que todo, el encono clerical contra el cual ningún bálsamo es eficaz.

El buscador pensará mucho antes de convertir a su amigo en cofrade, y acaso sirva mejor al gran fin reteniendo dentro de sí las pequeñas verdades a que llegue, pues cuanto conserva el sello de privilegio es apetecido con ardor.

Puede que entre los busquedantes haya personas de rica objetividad que prefieran efectuar su búsqueda en el espacio físico. Es bueno que obren sin prejuicio y acepten que también puede estar en las iglesias.

Y, finalmente, si los buscadores caen en la tentación de reunirse en concilio ¡que no den a ninguna de sus verdades más de un decenio de validez!

SANTIAGO, 20 DE JUNIO DE 1943.

Estábamos sentados todavía en los duros bancos de la escuela secundaria cuando empezaron a salir en "La Nación" de Buenos Aires los primeros artículos fechados en Londres bajo esta firma extraña, compuesta de una inicial barroca, ocultadora entre nosotros de una castiza equivalencia del patronímico eslavo Vladimiro; un apellido del todo semejante al epónimo de una famosa novela rusa, hoy olvidada; y otro, americanísimo en su paradójal falta de color, desde México al Estrecho de Magallanes; firma, cuya rara eufonía, en suma, sorprendió al principio un poco al público argentino acostumbrado a la correspondencia de un Guglielmo Ferrero y demás celebridades indudables.

Sin embargo, quienes tuvieron ocasión de ver aquella firma con anterioridad en la extinta revista "Hispania", que aparecía en la capital de Inglaterra, no ignoraban que su portador era un voluntario exilado antioqueño, pese a todas las coincidencias nominales.

Recordamos aún el día en que nuestro imponente profesor de historia, el general Nicolás de Vedia, trajo a clase para leérnoslo en voz alta el ensayo aparecido esa misma mañana en el diario de los Mitre bajo el título de "La civilización manual" y la firma de don Baldomero Sanín Cano.

Un lustro más tarde, amigos ya del autor, recién llegado al Plata después de una corta estada en Madrid, publicábamos justamente con este título su primer volumen literario en las antiguas ediciones de BABEL.

En el transcurso de veinte años nuestra incipiente admiración por sus dones de crítico, lejos de reducirse como tantos entusiasmos juveniles, no ha hecho más que crecer con cada nuevo libro arrancado a la modestia del escritor. Son cinco o seis

apenas y sólo recogen un ciento del millar o dos de artículos aparecidos con su nombre al cabo de otras tantas décadas; pero bastan para consagrarlo como el primer ensayista de nuestro continente, aunque lo ignore todavía algún pequeño antólogo en Chile.

Por nuestra parte, intentaremos destacar aquí algunos rasgos del talento y la personalidad del autor de *La Civilización Manual* no sólo a través del libro, la revista o el periódico en que se manifestaron oportunamente sino también de un largo trato amistoso, primero en Buenos Aires y luego en Santiago.

Hasta principios de 1939 fuimos depositarios casuales de una carta que medio siglo antes le había dirigido a Sanín Cano el célebre crítico internacional, Jorge Brandes, en respuesta a otra salida de Bogotá el mismo año de gracia de 1889.

Lamentamos haberle devuelto a su legítimo dueño, la última vez que lo vimos en Valparaíso, aquel valioso autógrafo sin habernos dejado copia, pues nos habría servido ahora para documentar un caso único en la historia de la literatura hispanoamericana.

El propio Brandes quedó al parecer tan profundamente impresionado con el remoto y entusiasta eco andino, que lo recuerda en sus memorias, si bien nunca supo hasta dónde fué capaz de seguirlo su émulo, aprendiendo el danés para leer sus libros en el idioma en que fueron escritos.

En forma indeterminada evoca Sanín Cano el motivo de su extraordinaria relación con el maestro escandinavo. Para loar en su obra una cierta virtud fecundante que pasa fronteras e idiomas, dice a propósito de su arrimo inicial a Brandes:

“Alguien leyó por primera vez un artículo suyo siendo muy joven, en una revista alemana. Era su estudio sobre Zola, y en él le sorprendieron desde luego, a su inesperado lector, las cualidades del estilo, la elegancia, la proporción, todas las bellas virtudes literarias que hemos convenido en llamar latinas. En una lengua que no era la suya propia y en la cual la medida y la proporción no son cualidades orgánicas, Brandes conservaba sus virtudes de estilo y de pensamiento y lograba despertar interés a través del Atlántico en un lector que para acercársele necesitaba del auxilio de una lengua extraña”.

Ahora bien, el medio en que le toca desenvolverse a Sanín Cano en el penúltimo decenio del siglo pasado, no era el más propicio para un lector comunicativo de Ibsen y de Brandes.

El colonialismo espiritual reinante aun dentro de Colombia después de su independencia política, repelía en arte y literatura toda novedad foránea en nombre de una tradición hispánica que autorizaba justamente lo contrario.

Un extenso estudio de Sanín Cano acerca “De lo exótico” —el más antiguo de cuantos forman sus *Divagaciones filológicas* y uno de los más certeros a nuestro juicio, nos lo presenta ya entonces (alrededor del 90) sin una gota de sangre académica, como puede apreciarse por la siguiente sentencia, que aparece junto a otras no menos perdurables:

“Es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los sudamericanos tenemos de vivir exclusivamente de España en materia de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo, ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia y de asimilarse uno lo escandinavo”.

Desde luego, se trata de algo más que de una oración *pro domo sua*. El mismo problema lo plantea el autor repetidas veces y en distintos tonos. Lo hace sobre todo en forma involuible, al polemizar en torno de José Asunción Silva y su época en el primero de una serie de capítulos para un libro que titula: *La Memoria de los Otros*.

Es difícil hallar en la literatura hispanoamericana contemporánea una sátira de tanta fineza y eficacia como aquella que ubica en un Club social de Bogotá, en las postrimerías del 90 precisamente, a varios cumplidos caballeros, dando por inventado al poeta vienés de *Vita Ipsa*, sólo porque Sanín habló de sus versos antes de que dieran cuenta de la existencia de aquél la “Revista de Ambos Mundos” o “El Mercurio de Francia”.

Si tal fresco en que los héroes aparecen pintados de mano maestra hasta en sus prendas íntimas, significa también “ser poco equitativo con escritores nuestros” y, en cambio, muy benévolo con personajes “que siguen siendo una incógnita para

la mayoría de los lectores, [¿?] como Peter Altenberg”— según la sabia opinión de un patriótico historiador de la literatura colombiana, entonces no hay duda de que Antioquia produce aun menos profetas que Galilea.

Tal vez por haberse apegado con exceso a los prejuicios del solar nativo, los conterráneos de Sanín Cano retardaron algún tiempo el reconocimiento de su innegable aporte a la cultura literaria de América.

Mucho antes se lo aplaude como maestro del ensayo en Buenos Aires, donde “La Civilización Manual” anticipa ideas que luego adquieren amplia resonancia en todo el mundo a través de libros como *El Hombre y la Técnica*.

Pero al fin hasta los patriotas de campanario se rinden poco a poco, aunque reprochándole siempre sus predilecciones extranjeras...

Con ese característico sentido del humor que ilumina todos sus escritos, el maestro asume su propia defensa en el introito al más completo de sus libros: *Crítica y Arte*, que contiene justamente algunos de sus mejores páginas sobre autores colombianos de ayer y de hoy, desde Camilo Antonio Echeverri hasta Rafael Maya. Pero en vez de usarlos como atenuantes de su causa, como haría cualquier nacionalista profesional, Sanín Cano no los menciona siquiera, limitándose a exponer sinceramente qué lo ha llevado a estudiar de preferencia otros autores y otras literaturas.

Sólo el poeta de “Anarcos” que compartió a lo largo de su vida idéntico exotismo en verso, se siente autorizado a tomarlos en serio e invertir la eterna frase acusadora. Por eso dice al frente de un nuevo libro, *Ensayos*, de su gran amigo:

“A diferencia de la mayor parte de nuestros críticos, sólo por incidencia han espigado en miés extraña, nuestro máximo crítico ha sido durante medio siglo la antena receptora del pensamiento y el arte universales accesibles así a nosotros en profundidad y extensión...; de suerte que en la cultura hemisférica de Colombia se descubren sin trabajo injertos en el árbol nacional de la propia mano del Maestro”.

Nada más justo que hacer extensivo a la República Argentina este sutil concepto de Guillermo Valencia, pues también en nuestro suelo es fácil descubrir análogas ramas floridas...

Durante años y años Sanín Cano ha estado pagando con creces la histórica visita de Miguel Cané a Bogotá. Una simple ojeada de sus libros basta para confirmarlo. Si al primero lo corona un recuerdo casi personal de Hudson, el último se cierra con una fina evocación del más popular de nuestros pájaros.

Pero en verdad, quien ha compuesto en la plenitud de su inteligencia ese agudo y sintomático ensayo que se llama “El cristianismo, la lengua y el sentido de posesión”; antes que a éste o aquél país hace honor a todos los pueblos que integran la comunidad hispanoparlante.

¿Qué importa que aun sean pocos los estudiosos que fuera de Argentina o Colombia conozcan de veras cuánto ha publicado aquí y allá el incomparable autor de *Indagaciones e Imágenes*? Esto no quita que se proponga en Cuba o en México un homenaje académico a quien ha escrito asimismo el mejor análisis sobre las consecuencias que trajo al mundo la enseñanza del latín y el griego, en un ensayo que hace tanta época como “La Civilización Manual” desde su título “Bajo el signo de Marte”, hasta una salida insuperable acerca de los *Hermanos Karamázov*:

“Creo que para la mente humana esta obra tiene una significación más honda que aquélla [la *Iliada*] y será en los siglos por venir de aplicación más adecuada a las necesidades de la vida psíquica. Ahora pueden mis lectores imponerme el castigo más adecuado a tamaña culpa”.

Sin tiempo ni espacio para dedicarle a su vez un ensayo al ensayista de “Un liberal a la antigua, un amante a la moderna”, sostenemos que se impone ante todo una selección rigurosa de su obra inédita de acuerdo con el propio Maestro. Porque para decirlo con unas palabras suyas sobre Brandes, don Baldomero —ahora en la Universidad de Popayán— sigue tal como lo hemos conocido siempre sus amigos de la nueva generación: “Añoso, perspicáz, sereno, joven, a pesar de sus ochenta y tres años”.

Un liberal a la antigua, un amante a la moderna

Wilfrid Boscawen Blunt nació en el condado de Sussex, en Inglaterra, en el decenio más fecundo en inteligencias, notablemente distinguidas muchas de ellas por las batallas que libraron en favor de la libertad política y de todas las libertades. En esa época nació Swinburne, en cuya exaltada visión de la poesía y de los tiempos pasan las banderas de la libertad, de la emancipación general del hombre y de la vida. Por esos días nacieron Jorge Brandes, Nietzsche, Anatole France y otros grandes civilizados.

A la manera de muchos intelectuales y sabios de la época, Boscawen Blunt no traspuso nunca los portales de las grandes fábricas de especialistas, de doctos y de insignificancias, generosamente designadas con el nombre de universidades. No pretendía ser un sabio, ni un sostén de la justicia, ni un investigador de la flaqueza material del cuerpo humano. Le atraían con mayor fascinación las interioridades del sentimiento individual, los lazos que unen o deben unir entre sí a todas las unidades de la especie.

Las influencias de su familia, campesinos letrados del sur de Inglaterra, la brillantez de su trato, le trajeron, un tanto a su pesar, a las por entonces obvias funciones de la diplomacia. Sin embargo, para la insaciable receptividad de su inteligencia, aquella carrera de simulaciones verbales y de elocuentes silencios le ofreció variadísimos escenarios de observación y aprendizaje. Así conoció el oriente cercano. Sus ojos de vidente le sirvieron en sus correrías para apreciar el momento egipcio de 1870 y para admirar la indiferencia de Persia ante el lamentable futuro que le preparaban las ambiciones oscuras de dos grandes imperios. Los hábiles jugadores de ajedrez en el tablero de la política inglesa descubrieron en Boscawen Blunt un personaje demasiado inteligente para no ser un peligro como diplomático en el turbio escenario de oriente y torcieron el rumbo de sus pe-

regiraciones sin separarlo de la carrera. Le mandaron a Lisboa, donde la calidad de su inteligencia se ejercitaría tal vez en el estudio del pasado olvidando el presente, y de allí, no considerándolo suficientemente remoto del tinglado británico, le trasladaron al Río de la Plata con la esperanza de haberlo mandado al otro mundo.

Ni Blunt amaba la diplomacia ni a su natural entendimiento se le ocultaban las inquietudes que su paso por esa carrera le inspiraba a la Foreign Office, y puso fin a esas relaciones de protocolo con la política inglesa. Se retiró a vivir su vida con una esposa de noble estirpe intelectual, como escogida para ser compañera del poeta, del apasionado defensor de la libertad y del mártir, por épocas, de sus principios. La esposa era nieta de Byron y su inteligencia, sus gustos, su visión del mundo y sus relaciones con la naturaleza no pugnaban lo mínimo con tan clara ascendencia. No fueron, como suele decirse en estos casos erradamente, complemento el uno de la otra. Eran espíritus gemelos. La misma altura intelectual, el mismo amor apasionado por las letras y las artes los distinguía de la anónima corriente de su tiempo y de todos los tiempos. La voracidad de enterarse y de abarcar en su conocimiento todos los aspectos de la vida era la misma en ambos. La casa de campo, en Sussex, donde vivieron algunos años cultivando la tierra, las letras, la escultura y la pintura, acabó por venirles demasiado estrecha. Habían menester vivir en el centro de la vida y de los tiempos. Fueron de nuevo a España viajando a caballo. Sus anhelos de conocimientos los llevaron a Egipto, a Persia, a las tierras del gran Turco. El estudio de las condiciones políticas de estas naciones, de Egipto particularmente, encendieron en Blunt el instinto de libertad y el anhelo de justicia internacional, rasgos primordiales de su combativa y honrada personalidad.

Al volver a Europa toda su actividad, toda su vida pensante, se concentraron en un solo objetivo: la defensa de los pueblos débiles. Sin perder de vista a Egipto se dió con toda la capacidad de persuasión y de inventiva a prosperar la causa de Irlanda. En su entusiasmo por los ideales de los autonomistas llegó a caer en las redes de la policía inglesa. Estuvo preso unos meses y de esa dura experiencia fué sazonado fruto su libro de versos *In vinculis*, de cuyo sabor y mérito artístico es donosa prueba el soneto que sigue traducido en prosa.

HONÓR DESHONRADO. (Escrito en una cárcel de Irlanda, 1888).

Honrado viví siempre con hombres honorables y en estado de opulencia. A mi mesa, tendida siempre por la noche, concurrieron huéspedes de valor, pares, levitas, y claros ciudadanos, poetas laureados, bellezas enguirnaldadas. Ni sólo de tal estirpe, que también acudieron el hambre en busca de alimento, muchos descarnados vagabundos y alguna desconsolada Magdalena, que al dejar mi casa se sintieron aliviados de la falta de pan. A quién le negué nunca mi bolsa, mi mano o mi pluma? Esta noche, mal hallado en negra mansión de males, me codeo con granujas y nadie saluda mi fatiga con una sonrisa o cortés manera, y aunque siento hambre nadie la apacigua. Dios mío ¡qué pequeño tabique de oro separa nuestra debilidad presente de los lobos de antaño!

Esta nota de amargo desengaño no duró para siempre en espíritu de tan variadas facetas y tan vasto horizonte. En medio de la lucha por sus encumbrados ideales y por la causa de ajenos intereses sonaba a intervalos la nota de censura punzante contra sus enemigos o de reproche velado a sus compañeros de armas, pero siempre le sostenía en sus fracasos la fe vinculada a su temperamento. Se quejaba en ocasiones con amargura; pero el insuceso nunca hizo mengua en la energía de sus rectos propósitos. Vivió para ver casi cumplida la libertad de Egipto. En los días postreros de su vida pudo contemplar los últimos desesperados y terribles esfuerzos del pueblo irlandés, ya en los momentos de realizar su independencia.

En su lucha vehemente por las ideas de igualdad entre las diversas naciones de la tierra, y en su interés por la causa de los pueblos esclavizados, tuvo que medirse a veces en el campo de las ideas con los políticos de su misma denominación. Censuró acremente a Gladstone por su facilidad en cambiar de opiniones, aquella inconsistencia que hizo decir a Lecky: "No conozco a persona alguna tan hábil en hallar argumentos para cambiar de opiniones cuando le conviene". El imperialismo de Rosebe, y, casado con rica heredera israelita, le dió a Blunt entonación de profeta y visión de estadista. En esos tiempos tuvo comienzo la decadencia de los radicales británicos. Los partidos liberales se han visto desintegrar con la pretensión de darles mayor amplitud a sus credos o de modificar el molde de sus antecedentes. El imperialismo de algunos liberales ingleses marcó los primeros pasos en la ruidosa carrera de esa gran comunidad espiritual, a quien les deben Europa y el mundo entero tan valiosas adquisiciones en lo moral y en lo político. En otras naciones más rudamente tratadas por el destino, los partidos libe-

rales cayeron inopinadamente en el vórtice oscuro del nacionalismo, y sus fermentos posteriores predicen su transformación en el modo colectivista o su desaparición completa.

Boscawen Blunt tenía menos amor a las combinaciones políticas y al fulgor de las arengas espectaculares que a la práctica de las virtudes civiles. En todo momento estaba pronta su persona a moverse en busca del lugar de peligro o al centro mismo de las actividades. Su pluma se difundía sin descanso en innumerables cartas para señalar a sus corresponsales de todas las latitudes la vecindad del peligro, la manera de conjurarlo, el modo de quebrantar los propósitos del enemigo. Era amigo de todos los hombres que tenían en Europa por aquellos días la inteligente capacidad de hacer el bien.

Fué un hombre universal. Desconoció las categorías sociales que no estuvieran fundadas en el carácter o en la ética personal de los individuos. Con el mismo interés iba a visitar la humilde casa de la feroz poetisa del anarquismo, Luisa Michel, que al propugnador de la filosofía sintética, al organizador de la teoría de la evolución, el grande individualista de su tiempo, Herbert Spencer. La amplitud de sus horizontes en lo moral, en literatura, en lo social, tocaba lo inverosímil. Admiraba la fuerza volcánica, el poder cósmico de la inteligencia de Tolstoi, sin dejarse oprimir por las predicaciones morales, por la visión desolada del mundo en el autor de *Sonata a Kreutzer* y de *Resurrección*. Boscawen Blunt no fué el optimista acaramelado en la manera de los reformadores ochocentistas, ni poseía la fe profunda en la inteligencia humana de que da testimonio, en formas opuestas, Renan, el evangelista de la ciencia, y Nietzsche, el fundador de su doctrina sobre las ruinas del pasado. "No soy, dice Boscawen Blunt discípulo de Tolstoi. El cree en la posibilidad de mejorar al hombre, en el progreso moral y en una remota civilización cristiana. Yo no. Al mismo tiempo, no hago burlas de los ideales cristianos. No hay razón para adorar, como tú dices, la fuerza, aun templada por el fraude. No hay nada digo, en el mínimo grado, de adoración en la una ni en el otro. Si es verdad que tú adoración de la fuerza va a ser el credo del futuro, lo que es muy posible, ello no es sino una prueba más de la innata vulgaridad del hombre". Estas palabras casi de vaticinio, proferidas hace cuarenta años, dan testimonio de la bondad innata de este carácter y de su nobleza irrefragable. El cristiano espera una recompensa, no hace por hacer el bien sino para abstenerse de obrar mal. En su fe y en sus ritos hay una base rugosa de interesado egoísmo. El optimista que obra bien por espíritu de consecuen-

cia, acariciando la esperanza de que sus buenas acciones contribuirán tal vez al mejoramiento de la especie, sin ser egoísta, ejecuta el bien por una ineludible lógica del razonamiento. Boscawen Blunt hizo una vida de esfuerzos en favor de pueblos y de individuos sin fe ninguna en un ideal religioso y exento de esperanza en la eficacia definitiva de los principios. Obraba el bien por la refinada excelencia de su naturaleza. Vivió absolutamente incontaminado de la primigenia vulgaridad del hombre que arranca de sus pesquisas y de sus esfuerzos en busca de una recompensa inmediata o remota.

Su concepto del amor es tal vez el rasgo dominante de su fisonomía espiritual. Se podrían señalar en el género humano categorías psíquicas según la manera individual de entender el amor y de acomodar la vida a las exigencias o a las iluminaciones de este imperioso sentimiento. Hay hombres que aman sin saber lo que es el amor, porque lo sienten como apetito solamente. Los hay que añaden al mero deseo las complacencias del intelecto. Hay quienes aman en la mujer sus atractivos físicos; no faltan quienes se dejan cautivar por las virtudes del intelecto o por las dos cosas a la vez. Son numerosos los que en la mujer se aman a sí mismos; los que la adornan idealmente de las cualidades que ellos prefieren en el sexo y se apasionan de su propia creación. Son pocos los que a la manera de Boscawen Blunt aman el amor mismo. Es un intenso fervor intelectual, tocado de matices de arte, que por momentos llega a la sublimidad de la pasión y hace de la vida una misión espiritual. La mujer es el foco de la pasión, pero no es el objeto verdadero de la pasión misma. Ese objeto es el amor como sentimiento. Boscawen Blunt tuvo la fortuna de encontrar a una mujer cuya inteligencia servía de foco para aquella insuperada forma de amor, como anhelo intelectual que tiene su fin y su objeto en sí mismo. Podía compararse este sentimiento a la curva denominada parábola. El foco de esta línea sin término es la mujer; los brazos de la curva en su aspiración al infinito, representan la pasión. Sin el foco la línea no existiría. La línea ha menester ese apoyo entre otros para lanzarse en la ruta hacia los espacios sin fin. Boscawen Blunt conoció en sus más elevadas y profundas derivaciones la pasión del amor. Llegó a decir que este sentimiento es la única justificación de la existencia. Amó a su esposa con la vehemencia, profundidad y delicadeza de que dan testimonio estos dos sonetos traducidos con transparente y genuino intelecto de amor por Guillermo Valencia:

ESTHER

I

*A quien fué ya feliz una vez, no lo hiere
nunca la destrucción. La fortuna le entrega
su secreto, y si a otros la Eternidad se niega,
guarda para él goces, como mujer que quiere.*

*El tiempo es su conquista. Si el vivir le zahiere,
la hora de pagarle su tributo, se llega,
ni al paso de la muerte la dicha se doblega
de quien una vez sola fué feliz—si es que muere.*

*Cuando sopeso el mundo, palpo su contenido,
su mísera ambición, sus sueños sin sentido,
los harapos de goces—solo y perenne traje |*

*que a los hombres envuelve—y oigo llamar ventura
esos pobres debiles que son, de la amargura
del mundo y sus martirios, el símbolo gaje;*

II

*Cuando de las cavernas filtra el reír demente
y escucho el eco sordo de la multitud que mira
alelada, empinándose, la fulgurante espira
de un cohete o da gritos ante el toro doliente;*

*Cuando el avaro palpa su oro reluciente;
o erige el orador una soberbia pira
de humanos corazones, y a los grandes inspira
afán de gloria o lágrimas su trinar elocuente;*

*Cuando huelgan ciudades con banderas vistosas
para ensalzar inútiles matanzas pavorosas
de juventud gallarda... sólo, meditando,*

*repienso mi vivir y desando mi huella
y evoco a Esther y pienso que, joven como ella,
viví su amor en medio de los goces del mundo!*

En 1921 publicó *My Diaries* (Mis diarios), en que analiza los sucesos de su época con la severidad del vidente y la posesión completa de las ideas dominantes en ella. En estas mil páginas se dejan ver en sus lamentables o interesantes actitudes casi todos los personajes proceros de la época y algunos de los que nunca desempeñaron papel prominente. Es una curiosa exhibición de personajes en que asuntos de tan poca importancia, como los amores de Eugenia de Montijo, antes de ser emperatriz de los franceses, ocupan lugar al lado de las alternativas por que pasara la ley de autonomía de Irlanda. En el vasto panorama se muestran analizados, por un observador desapasionado y franco, en veces hasta la crueldad, los hombres que hicieron y deshicieron en Europa el siglo XIX.

Mis diarios se cierran en el año 1914. El autor murió el año 22, y sin duda habría llevado la minuciosa cuenta de sus hechos propios y de las actividades ajenas hasta pocos días antes de su muerte; pero ante la tarea de poner al desnudo la responsabilidad de sus contemporáneos en aquel delirio de malas pasiones, su pluma se contuvo temerosa sin duda de cometer grandes injusticias al relatar lo visto en la superficie, sin haber podido penetrar en el fondo de los móviles y en el secreto de los archivos. Pero la historia de los sucesos anteriores a 1914 pone al desnudo muchos hombres y levanta velos encubridores de muchas causas.

La narración de Blunt en este libro es descosida a trechos, y el estilo no tiene la fascinación del perfecto artista que se muestra en sus emocionados y artísticos libros de versos. Pero en ese desembarazo de forma brillan la franqueza del censor admirablemente informado y la perspicacia del observador exento de odios y preocupaciones. Acaso esta manera vivaz y desprevenida se acomoda mejor a la narración concentrada de tan variados y tremendos sucesos.

Por lo que se ha dicho no se debe pensar que Wilfrid Boscawen Blunt fuera un poeta excepcional de su tiempo, y un artista de la prosa que pudiera rivalizar en sus días con los grandes prosistas y vates excepcionales de Inglaterra. Había entonces voces excelsas de poetas como él, y su prosa no puede compararse con la de Ruskin, ni con la de Stevenson o de Wilde en la narración o el ensayo. Pero su obra es un reflejo muy proporcionado de los valores literarios en las postrimerías del ochocientos. Acaso no habrían pasado su obra y el recuerdo de su vida hasta las remotas faldas de los volcanes andinos si en su

paso por la vida el carácter no hubiera enaltecido sus hechos y el amor no hubiera distinguido su magnífica figura con el sello de los elegidos.

Vivirán sus obras por el valor permanente que les concedieron su vida y su carácter. Cuando nuevas corrientes literarias pretendan reducir el significado de sus versos y menguar la excelencia de su prosa, su persona, sus hechos, la fe que tuvo en sí mismo, la libertad que le deben hoy pueblos ufanos de su nombre, perpetuarán su memoria.

Versos para la revolución de Octubre

I

Hace algún tiempo, excitado por la proximidad del aniversario de la revolución rusa, empecé a escribir unos versos que habrían podido llevar por título el de *Canción para la revolución de Octubre*. Quizá, en lugar de versos, habría podido escribir una prosa cualquiera, pero sucede que a medida que transcurren los años, y más y más en cada aniversario, la revolución rusa va tomando, para mí, una significación cada vez menos real y cada vez más ideal. El hecho mismo de la revolución, desprendiéndose de lo que la rodeó y la sigue rodeando, va convirtiéndose —siempre para mí— en algo puramente emocional, digamos, por ejemplo, en una imagen o sensación cuyo recuerdo o presencia despierta en mí, menos que ideas o reflexiones, ardientes sentimientos de amor hacia la criatura humana, sentimientos que, dado mi carácter, no podría expresar de otro modo que poéticamente.

Después de algunas horas de trabajo logré terminar lo que habría podido llegar a ser la primera parte de aquel poema y que transcribo aquí:

II

*Sobre el lodo y la nieve, entre periódicos y piojos,
barbas mojadas y pies húmedos,
por encima del Neva y las piedras de Petersburgo;
desconocida e inesperada,
como una flor del ártico, de deslumbrante blancura,
manchada, sin embargo, de sangre, como hija del Hombre,
y llena, sin embargo, de fuego y de lamentos;
a través de la clara y sombría tierra rusa,
saltando de río en río,
desde el lejano Ienisei y el lento Volga*

*hasta el ensangrentado Dnieper y el taciturno Ob;
empujada por rotos pechos y ateridas manos,
temblosas mandíbulas y vacilantes piernas,
llegaste:
traída de la mano por mugrientos caldereros
y espigados marinos del Báltico;
indefensa y desnuda,
sin claro nombre ni destino cierto,
con rostro asiático y corazón de universal trigo;
sobre el lodo y la nieve, entre periódicos y piojos,
barbas mojadas y pies húmedos,
por encima del Neva y las piedras de Petersburgo.*

III

Hasta aquí llegué. Inútilmente, durante muchos días y noches, esperé y aún traté de que surgiera la imagen, la frase o siquiera la palabra que me permitiera continuar y concluir ese poema: nada. Hacia donde me volvía, hacia donde llamaba, allí donde tocaba, sólo sentía algo sin posibilidades de poesía ni de sentimiento, imposible de descomponer e imposible de idealizar. Desconsolado, hube de reconocer que la revolución rusa no me daría ya más de lo que me había dado y que lo demás, es decir, lo que sobre ella se ha ido acumulando, no solamente parecía no tener nada que ver conmigo como poeta sino que, peor aún, parecía que tampoco tenía nada que ver con la revolución misma.

Con esa convicción di por terminado, por fracasado, mejor dicho, mi poema.

IV

No quedé conforme, sin embargo: un poeta, por poco que se respete, no acepta así como así un fracaso, sobre todo si está convencido de que ese fracaso no se debe a sus recursos literarios, a su sensibilidad o a su capacidad de trabajo. Traté, pues, para tranquilidad de mi conciencia, aclarar el asunto. He aquí lo que saqué en limpio:

En la revolución rusa existen dos realidades: una anterior y otra posterior. La primera, abstracta, de puro carácter emocional, no puede ser tratada sino de modo poético, o sea, con palabras que expresen sentimientos. La segunda, concreta, puede ser tratada de cualquier modo y con cualesquiera palabras y su existencia puede ser narrada, historiada, analizada o critica-

da. Nada de eso puede hacerse con la primera: se la siente o nó y su existencia depende de esa condición. En el hecho, para millares de personas no existe. La segunda existe de todos modos, se la sienta o nó. La primera es, en relación con el espíritu de las doctrinas socialistas, auténtica; y en relación con ese mismo espíritu, la segunda es falsa: en ella la Salvación del Hombre, causa primera y primera razón del Socialismo, ha sido sustituida por la Salvación del Estado, es decir, el espíritu ha sido desvirtuado. Entre ambas realidades existe la diferencia que existe entre una religión cualquiera y su iglesia: la primera es la fuente; la segunda, su capitalización.

V

Al llegar a este punto sentí un pequeño sobresalto: ¿no estaría yendo demasiado lejos? Pero no, no estaba yendo demasiado lejos y allí estaban los poetas de todos los tiempos, dándome la razón: ninguno de los que han tenido o tienen una mística cualquiera ha cantado jamás la segunda realidad. Recurrí, apresuradamente, a una antología de poesía religiosa española: allí estaban los poetas, en filas cerradas, cantando como leones o como ruiseñores la realidad primera, sin dedicar ni siquiera una mala imagen a la segunda.

VI

Hubiese podido, es cierto, escribir otros cantos, dedicados, por ejemplo, a Lenin y a Trotsky; incluso hubiera podido dedicar uno a Stalin. Pero Trotsky había sido asesinado por la segunda realidad y Lenin había sido desvirtuado por ella: su famosa frase, llena de poesía: "si la realidad no está de acuerdo con la teoría, tanto peor para la realidad", había sido invertida por los hombres de la segunda realidad: "Si la teoría no está de acuerdo con la realidad, tanto peor para la teoría". En cuanto a Stalin, se había desfigurado a sí mismo.

VII

La culpa, pues, no era mía. Tranquilizado, me lavé las manos y escribí este artículo en prosa.

Arte, marxismo y literatura

La controversia entre los marxistas amateurs y sus opositores no ha pasado de un nivel extremadamente bajo. Los antimarxistas, en nueve casos sobre diez, no comprenden la posición marxista; y por desgracia, los mismos marxistas no entienden a menudo su propia posición. El resultado es una especie de áspero entrevero libre donde abundan los puntapiés en los tobillos, los pechazos, las narices rotas, los gemidos y las quejas, acompañados de gestos amenazantes y tremebundos. Sobre los cuales elevase aún la dura voz del fanatismo.

Si sólo fueran un poquito menos felinos los antimarxistas y un poco menos seguros de sí los marxistas, para leer una buena exposición de la teoría de Marx desde su advenimiento hasta hoy en el campo del arte y la literatura!

Algunas de las suposiciones antimarxistas pueden resumirse así:

1. Los marxistas creen que todo el arte y la literatura tiene que ser propaganda política.

2. Los marxistas creen que el arte y la literatura del pasado debe arrojarse por la borda.

3. Los marxistas creen que el arte y la literatura sólo deben describir el mundo desde un punto de vista exclusivamente proletario y en favor de los intereses del proletariado.

Desde luego, hay algunos otros matices dentro de tales suposiciones; pero los críticos tanto de la Izquierda como de la Derecha, dejan sin definir sus términos, por lo que la controversia sigue su curso caótico. Se dijera que se complacen en hacerse mutuamente desagradables.

Un hecho debe comprenderse desde el principio: Marx y Engels, Lenin y Trotsky eran hombres de una curiosidad intelectual poco común, que abarcaba los más distintos campos del saber humano, en especial el de la literatura. Marx que plantaba como bandera un verso del Dante al final del prefacio de su *Ca-*

pital, se sabía casi de memoria la *Divina Comedia*, según cuenta Guillermo Liebknecht en sus memorias. Retenía asimismo muchos trozos de Shakespeare y de Goethe, que gustaba recitar en sus paseos domingueros. El gusto literario de Lenin era excelente: véase la lista de libros que ordena para su biblioteca en "Voces de Octubre", y sus comentarios acerca de Beethoven y de Tolstoi, además de "Días con Lenin", de Gorki. En cuanto a lo que interesaba a Trotsky, ahí están "Mi Vida" y "Literatura y Revolución". El genio de estos hombres fincaba en la intensidad de su imaginación y en la pericia con que mediante la palabra escrita y hablada eran capaces de hacer ver a los demás la vida y la historia desde su propio punto de vista. Poetas ellos mismos, por su visión política, comprendían mejor a los grandes poetas que muchos de sus seguidores literarios. Es justamente la diferencia que hay entre el ensayo de Clifton Fadiman sobre Goethe (estimulante por lo demás) y el de Engels sobre el mismo autor. Mientras Fadiman, al parecer, en interés del marxismo, se dispone no sin impaciencia, a enterrar a Goethe para siempre, Engels, puntualiza hasta qué punto la posición social de Goethe influye su obra, expresa gran admiración por el poeta y habla invariablemente con respeto de él.

Nunca se insistirá bastante para bien de la izquierda como de sus contendores, que aquellos grandes comunistas fueron hombres que comprendieron totalmente la importancia del arte y la literatura. En conexión con la revolución, anhelaban hacer extensivos sus beneficios al mayor número. Jamás negaron valor a la literatura y al arte de la burguesía en ascenso. Por el contrario, le atribuían las principales obras culturales mientras era una clase revolucionaria. Tenían conciencia de que ellos mismos provenían de la cultura burguesa. Sólo atacábanla cuando era usada para defender y cubrir las iniquidades del régimen capitalista.

Al producirse la Revolución de Octubre en Rusia y establecerse la dictadura proletaria, los dirigentes comunistas se vieron frente a movimientos literarios antagónicos, que trataban de imponerse unos a otros. Ahí estaba el grupo de los futuristas, cuyo representante más conocido entre nosotros era la figura romántica de Mayakovsky. Los futuristas eran terroristas literarios y querían anular el pasado. Pero el futurismo ruso nada tenía que hacer con el comunismo en primer término: era anterior a la Revolución y constituía sólo la forma rusa de una tendencia europea. Su equivalencia francesa era el dadaísmo cuyo punto de

vista social era sobre todo anarcoindividualista. Papini, en su libro sobre el futurismo italiano, intenta una idéntica sumersión de la cultura antigua, poco antes de declararse cristiano primitivo y admirador de Mussolini. Los futuristas rusos, después de la Revolución, trataron de acoplar su movimiento al comunismo y solicitaron un reconocimiento oficial. Pero Lunacharsky, entonces Comisario de Educación, negóse a satisfacer tal pedido. Otro grupo que buscó el apoyo oficial fué el llamado *Proletcult*. Los escritores que lo formaban no querían como los futuristas romper completamente con el pasado. Según A. A. Bogdanov el proletariado era el "heredero legítimo de todas las grandes obras de la Antigüedad, tanto materiales como espirituales y no podía ni debía rechazar esta herencia". Pero el *Proletcult* deseaba independientemente del Partido establecer una dictadura sobre la cultura soviética. Quería asumir el control absoluto para dar forma a la nueva literatura. Lenin atajó esto. Dijo que la cultura proletaria no podía producirse mediante fórmulas bajo el dictado oficial de la política, sino como evolución natural de acuerdo con las cambiantes condiciones de la vida. "La cultura proletaria no es algo que brota de una fuente desconocida; no es la invención de los que se llaman a sí mismos especialistas en cultura proletaria. Sostenerlo es una tontería. La cultura proletaria debe ser la resultante legítima de aquéllas reservas de conocimiento, que la sociedad elaboró bajo la presión del capitalismo, los terratenientes y los funcionarios".

Más tarde otro grupo, *Napostu*, en una posición semejante a la del *Proletcult* trató no sólo de dominar la cultura rusa, sino de convertirse asimismo en órgano oficial del Partido, para ejercer de hecho su poder contra aquellos escritores que desaprobaba. Esto precipitó una crisis político-cultural y fué convocada una conferencia extraordinaria del Partido (Mayo, 1924) para discutir la cuestión. Bujárin, que primero había estado en desacuerdo con Lenin y apoyaba al *Proletcult*, modifíca en cierto modo su posición. "El problema cultural— dice— es distinto del problema militar. No puede resolverse de una vez con órdenes o aplicaciones mecánicas". Por tanto, pide al Partido se abstenga de conceder su apoyo oficial a cualquier grupo y que "las importantes cuestiones de forma y estilo se resuelvan más bien sobre la base del mérito y no de la presión política". Fué apoyado por Lunacharsky, que en su calidad de Comisario de Educación trataba al mismo tiempo que de estimular a los escritores nuevos, conservar la cultura rusa del pasado. Lo que venía

a representar el punto de vista bastante universal de que "todo arte es bueno si revela talento".

La conferencia adoptó finalmente la resolución de mantener al Partido en contra de "un nuevo punto de vista frívolo y despectivo hacia la herencia cultural del pasado" como contra "una actitud frívola y despectiva hacia los estilistas". El partido no podía decidir en cuestiones de forma y estilo en arte, ni reconocer oficialmente a ninguna fracción cultural. A los críticos comunistas se les previno que moderaran la "arrogancia comunista" y en vez de imponerse por su "tono de comando" lo hicieran por la persuasión de su "superioridad ideológica".

Sin embargo, esta no es toda la historia. La resolución de la conferencia de 1924 pone aún en claro que "si bien la naturaleza clasista del arte en general y de la literatura en especial es infinitamente más variada que la de la política", no es posible, con todo, algo así "como un arte neutral en una sociedad de clases" y que el Bureau político debe velar para que no haya una recrudescencia contrarrevolucionaria so pretexto de hacer arte y literatura.

Pero probar que tal vigilancia se ha ejercido allá entonces más torpemente que en cualquier otro país en situación parecida, me parece muy difícil. Una nación en guerra, un sistema social en peligro, imponen inevitablemente una censura de la que no puede menos que resentirse el arte y la literatura. La Unión Soviética estaba en ambos casos. ¿Acaso sus errores fueron de más bulto que los de los Estados Unidos durante la guerra mundial, en esa hora precaria para el capitalismo mundial, cuando Mencken vió registrar su casa, Charles Beard tuvo que renunciar a la Universidad de Columbia, y Max Eastman, Floyd Dell y Art Young se vieron procesados por su revista, que fué suspendida? Ejercieron, acaso, los Soviets una presión moral más encubiertamente efectiva que la ejercida en Norteamérica durante la guerra en el caso de John Reed, obligado a entrar al servicio del Comintern porque le fué cerrada la prensa norteamericana, cuando se puso demasiado abiertamente a defender el lado contrario en la lucha económica? Lo mismo les pasó a muchos periodistas menores, que también vieron cerrárseles las puertas de los diarios y los magazines como *The Saturday Evening Post*, debiendo pasarse no sólo políticamente sino estéticamente del lado erróneo al lado justo.

En Rusia los escritores y artistas tuvieron por lo menos de su parte a hombres del calibre de Lenin, Trotsky, Lunacharsky contra todos los filisteos ignaros y arrogantes, además de

los envidiosos y presumidos de sus propias filas, prontos siempre a valerse de cualquier ventaja en una emergencia política para acusar y condenar a sus camaradas más valientes y mejor dotados. (Véase a propósito en las Memorias de Chaliapin su agradecimiento a Lenin por haberle salvado los antiguos decorados de manos de los funcionarios comunistas locales, que pretendían purificar su teatro).

Hay todavía otro aspecto positivo que ofende igualmente a los enemigos de Rusia. "La dirección de la literatura pertenece a la clase trabajadora en conjunto con todos sus recursos materiales e ideológicos... El Partido tiene que acentuar la necesidad de una literatura para la gran masa de lectores obreros y campesinos. Es preciso un apartamiento más valiente y decisivo de los prejuicios cortesanos en la literatura, y todas las conquistas técnicas de los viejos maestros literarios deben usarse de modo que sean comprendidos por la masa".

En la Rusia de los Zares la mayor parte del pueblo no sabía leer ni escribir— el 70 por ciento sobre 140 millones— de acuerdo con un censo levantado en 1920; y aún la cultura europea adquirida por la *inteligencia* de la clase superior, tenía un aspecto foráneo. Los escritores lo sentían y se inclinaban, como Turguéniev, a vivir en el extranjero a fin de asimilarse al occidentalismo o como Tolstoi y Dostoievsky a debatirse inquietos y desgraciados en el golfo que impedía toda relación entre ellos y el 70 por ciento de sus compatriotas iletrados. Este problema y las actitudes a que dió lugar persistieron después de la Revolución. Mucho de lo que aún se dice de la "cultura proletaria" es simple remedo de la polémica en Rusia, producto de la misma situación que llevó a Tolstoi a ponerse la blusa del mujik y que no tiene asidero en nuestra realidad.

Una sociedad socialista en Norteamérica no implica una revolución cultural que pueda llamarse "proletaria". Nos veremos, desde luego, libre de los anunciadores y no estaremos obligados a comprar según sus anuncios, aunque nos harán falta muchas de las cosas a que nos tienen acostumbrados, y los primeros frutos de un régimen socialista se parecerán probablemente a los del árbol de que se desprendieron. En cuanto a la literatura, el porcentaje de analfabetos en este país oscila alrededor del 4 por ciento; y los lectores seguirán leyendo lo mismo o algo muy parecido a lo que leen ahora. El lenguaje de los diferentes grupos sociales, en Estados Unidos, difiere quizá menos que en ningún otro país del mundo. El agricultor y el banquero, el patrón y el

empleado, a pesar de la existente lucha de clases, no tienen dificultad para entenderse. Y si se trata del aprovechamiento de la vida y del idioma popular, la nación que ha producido *Leaves of Grass* y *Huckleberry Finn*, no tiene nada que aprender de Rusia ni de ningún otro país en lo que se refiere al uso del lenguaje común o a la expresión de la dignidad e importancia del hombre común. Nuestros *pioneers* han creado una literatura sobre la evasión del hombre común de la sociedad burguesa mucho antes que las masas rusas empezaran a escribir sus nombres.

Con todo, el punto de vista del *pioneer* norteamericano— un Whitman, un Huckleberry Finn, un Thoreau— liberado de la sociedad, no era el de un revolucionario marxista. Un régimen socialista en los Estados Unidos no producirá una “cultura proletaria”, pero a la larga, modificará, sin duda, profundamente aquella, tanto en su forma y estilo como en su punto de vista. Interrogarse *cómo* lo hará tiene interés; pero discutirlo ahora, en serio, carece de objeto; tales cambios no pueden tratarse hasta que hayan ocurrido y es absurdo arrojar los excelentes libros ya escritos en homenaje a los que se han de escribir.

El propio marxismo está lejos de implicar una creencia en la “cultura proletaria”. Trotsky sostenía que aún en Rusia la tarea no consistía en urdir “una cultura abstracta sin fundamento real” sino en promover “una cultura concreta, actual,— por ejemplo, una sistemática, planeada y, desde luego, crítica absorción por las masas atrasadas de los elementos más indispensables de la cultura existente”.

Y agregaba: “Los veinte, treinta o cincuenta años de revolución mundial proletaria pasarán a la historia como uno de los repechos más difíciles para llegar de un sistema a otro, pero en ningún caso como una época independiente de cultura proletaria”. Mientras todo el pueblo logre aprender a leer y escribir como para dar lugar a una cultura real, el proletariado habrá desaparecido en una sociedad socialista sin clases. En esto, estoy con Trotsky. Sin embargo, he sido acusado muchas veces por mis colegas de abogar en favor de la “cultura proletaria” y de la “literatura proletaria”. Pero en la única ocasión que abordé dichos tópicos (en *The New Republic*, del 4 y 11 de Mayo de 1932) mi punto de vista era el mismo de ahora.

Hernán Gómez

Los mártires

Hasta su tumba de la mina oscura,
luz de otro sol, habíanles llegado
la vida y la pasión de la escritura.

Hasta los que empuñan el arado,
a abrir en su alma surco más profundo
que la reja en la tierra, y más sembrado.

Sobre las cartas de este nuevo mundo
ansiosos navegantes, evadidos
de adscripción a su mina o a su fundo,

iban incorporándose perdidos
territorios del hombre cuando era
capaz de paraísos prometidos.

Día a día encontraban la manera
de echar a lo alto ramas florecidas
cómo hace el árbol en la primavera.

Pero en la nueva fuerza de sus vidas
estaba su sentencia, aunque, por cierto,
no malogró ascensiones emprendidas.

Luego cayeron muerto sobre muerto
sin que uno se salvara de tortura:
Siempre la llama, el buitre, el vientre abierto...
Siempre, también, el alma en la escritura.

Vencedores de la muerte

Grave de siglos, viene la palabra
abriéndose camino hacia la aurora.
Imposible impedir que se lo abra.

La voz que en el dolor sueña y no llora
se anuda de oprimido en oprimido:
Tarde o temprano, dice, habrá una hora...

Ni el látigo enconado ni el ardido
hierro de la tortura han alcanzado
a extirparla jamás del labio herido.

Soñando con la aurora se han quedado
por todas partes, pero no sin antes
entregar el mensaje esperanzado.

De boca en boca, desde las distantes
edades, la palabra heroica, ardiente,
que más voces encuentra por instantes.

Aquí, entre rejas, con la muerte enfrente
ensombreciendo el rostro amado, alcanza
al alma claror de alba ya inminente.

No suelta el labio sólo una esperanza
porque, estando seguros de su suerte,
hacia la aurora, irresistible, avanza
su voz de vencedores de la muerte.

Arthur Rosenberg

La toma del poder por los bolcheviques

Desde septiembre de 1917 Lenin había llegado a la convicción firme de que el partido bolchevique debía conquistar el poder por medio de la insurrección. Sobre todo en octubre, desde su escondite en Finlandia, bombardeó a la central del partido de Petesburgo con cartas y artículos, en los que exigía la insurrección; consideraba con gran exactitud todas las posibilidades y encontraba la solución adecuada para cada dificultad. Estos escritos de Lenin se destacan por su mezcla de ardiente pasión y frío raciocinio. Temía Lenin de que el gobierno de Kerenski terminara en un caos anárquico. Los bolcheviques habrían dejado pasar entonces el momento oportuno y ya no podrían recuperar la ocasión perdida.

En la dirección del partido el grupo de Zinoviev y Kamenev era contrario a la insurrección, cuyas consecuencias serían el aislamiento de los bolcheviques y una aventura socialista de resultado catastrófico. Pero con la ayuda de Trotsky impuso Lenin su criterio. El 10 (23) de octubre tuvo lugar, con su presencia, la sesión secreta y decisiva del comité central del partido, en la que, con la excepción de dos votos, se resolvió por unanimidad que el único medio de salvar a la revolución y a Rusia, era la insurrección armada con el propósito de hacer pasar todo el poder del gobierno a manos de los soviets. Con lo cual se afirmó asimismo el partido.

El 25 de octubre, según el calendario ruso, el 7 de noviembre del calendario occidental, debía reunirse en Petesburgo el congreso panruso de los soviets. Dado el cambio producido en la opinión pública durante el verano, debía admitirse que toda la autoridad debía pasar a los soviets, debía entonces adueñarse también del poder, es decir, derrocar al gobierno de Kerenski. El 25 de octubre resultó el día decisivo. Debía ser el día de la insurrección.

Ambos bandos se prepararon para contar ese día en la calle con la fuerza militar. Los regimientos presentes en Petersburgo

eran, en general, partidarios de los bolcheviques. Por eso dispuso el gobierno que la mayor parte de las tropas partieran para el frente. Si la guarnición se hubiera alejado de Petersburgo, el gobierno hubiera logrado el 25 de octubre hacer dispersar el congreso de los soviets, con un par de regimientos de tropas de asalto compuestas de oficiales. Pero por indicación de los bolcheviques, las tropas de Petersburgo se negaron a partir.

El soviet de Petersburgo que estaba completamente bajo la influencia de los bolcheviques, formó un comité militar-revolucionario, y todas las tropas de la capital manifestaron que en adelante sólo obedecerían a este comité y no al estado mayor. La fuerza impulsora del comité militar-revolucionario era Trotsky. Con la decisión de las tropas de Petersburgo la revolución había ya triunfado en la capital, antes de haber disparado un solo tiro. El 24 de octubre el comité militar-revolucionario ocupó la central telefónica de Petersburgo. La misma noche fueron ocupados otros edificios públicos. El 25 fué tomado el Palacio de Invierno, sede del gobierno. Los ministros fueron apresados, Kerenski huyó. El mismo día, de acuerdo con el programa trazado, se reunió el congreso panruso de los soviets. Cuando se le anunció la toma del Palacio de Invierno, la minoría partidaria del gobierno abandonó la sala de sesiones. La mayoría proclamó, de acuerdo con los bolcheviques, la toma del poder por los soviets.

Kerenski intentó reunir tropas alrededor de Petersburgo para atacar con ellas a la capital. Pero sufrió una completa derrota y partió para el extranjero. En pocas semanas las tropas, las ciudades y los campos del imperio ruso pasaron a manos de los bolcheviques. Donde se presentó alguna resistencia a la revolución, fué fácilmente aplastada. En verdad, la revolución bolchevique, sólo podía apoyarse en el único representante del pueblo, existente entonces en Rusia, es decir, el congreso de los soviets. Este había sido elegido verdaderamente por las masas. En cambio, los diferentes organismos artificiales creados por Kerenski, carecían de todo apoyo en el pueblo. En el período final de su gobierno Kerenski llamó por fin a elecciones para la asamblea nacional. Pero estas elecciones tuvieron lugar durante la revolución bolchevique, de modo que en el momento crítico la asamblea nacional aun no existía.

El grupo Kamenev-Zinoviev se opuso a la insurrección hasta el último momento y aun después del triunfo fué pesimista. El 4 (17) de noviembre, Zinoviev y Kamenev renunciaron al co-

mité central del partido, para poder expresar libremente su opinión. Exigían que los bolcheviques ofrecieran inmediatamente una transacción a los social-revolucionarios y a los mencheviques, para formar de esta manera un gobierno de todos los partidos soviéticos. Algunos viejos bolcheviques apoyaron esta moción. Losovski también la defendió en una carta abierta. No deja de ser curioso que Zinoviev y Losovski, presidentes, más tarde, de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, respectivamente, cuya propaganda se apoyó después en la Revolución de Octubre, consideraron esta revolución, cuando se produjo, como una aventura insensata.

En aquel entonces, 4 (17) de noviembre, la situación era todavía oscura. No se sabía con seguridad cómo recibirían a la revolución el frente y las provincias. Una huelga general de funcionarios paralizó al principio la acción de los bolcheviques, dueños del poder. Diversos partidos y grupos políticos de Rusia se declararon contra la insurrección bolchevique y además se agregó a estos opositores un grupo importante de los dirigentes del propio partido. En verdad la situación parecía desesperada. Pero Lenin y Trotsky no cedieron un solo instante.

El 7 (20) de noviembre apareció en el "Pravda" un llamamiento memorable, escrito por el propio Lenin, que decía así:

"Que se avergüencen todos los incrédulos, vacilantes y escépticos, todos los que se han dejado atemorizar por la burguesía, como también aquéllos que se han sometido a los llamados de prudencia de los sostenedores directos o indirectos de la burguesía. En las masas de obreros y de soldados de Petersburgo, de Moscú y de otras ciudades no se nota el menor síntoma de vacilación. Nuestro partido, como un solo hombre, está firme en su puesto y protege el poder de los soviets y los intereses de la clase trabajadora, sobre todo, de los campesinos pobres y de los obreros".

La situación se aclaró pronto. Se hizo visible la extensión de la victoria bolchevique en el interior del país, la huelga de funcionarios fracasó y el grupo Zinoviev-Kamenev se reincorporó al partido. La conducta de Zinoviev y Kamenev en estas semanas críticas volvió a mostrar cuán profundamente estaba arraigada en el partido bolchevique la consigna de la dictadura democrática de obreros y campesinos. Estos viejos bolcheviques sólo podían imaginarse a la revolución rusa, como revolución democrático-burguesa, llevada a cabo por la coalición de todos los partidos democráticos y socialistas. En nombre de esta teoría se rebelaron contra Lenin, precisamente en las semanas más trascendentales de la historia bolchevique.

Después de este episodio, Lenin, con magnífica objetividad, confió a Zinoviev y Kamenev tareas sumamente importantes, sin reprocharles sus vacilaciones durante la revolución, del mismo modo que consideró terminada la larga lucha con Trotsky cuando éste se adhirió a la política leninista.

La ola de simpatía popular que era la que sostenía entonces al movimiento bolchevique, evitó a su vez su aislamiento político. El enemigo principal de los bolcheviques, los social-revolucionarios, se dividieron y el nuevo partido de los social-revolucionarios de izquierda, prestó los servicios más importantes a la Rusia soviética en el primer semestre de su existencia.

Las masas campesinas, como ya hemos mostrado, estaban amargamente desilusionadas del gobierno de Kerenski. Habían esperado que el gobierno social-revolucionario expulsara a los terratenientes y se encontraron con que los ministros social-revolucionarios protegían a los terratenientes con la fuerza del Estado.

Los líderes campesinos social-revolucionarios de las aldeas se rebelaron contra la dirección del partido y pronto se sumaron también a la oposición funcionarios importantes. Fué así como durante la insurrección bolchevique los social-revolucionarios se dividieron en dos ramas, una derecha que siguió fiel a Kerenski, y otra izquierda que exigía la expulsión de los terratenientes y el traspaso del poder a los soviets. Cuando el 26 de Octubre (8 de Noviembre) el congreso panruso de los soviets aprobó la insurrección, el ala derecha de los social-revolucionarios y los mencheviques abandonaron la sala. Pero los social-revolucionarios de izquierda se quedaron junto a los bolcheviques y participaron en la edificación del poder de los soviets. Algunos dirigentes de la izquierda social-revolucionaria formaron parte después del soviet de comisarios del pueblo del nuevo gobierno revolucionario. Sólo con motivo de la paz de Brest-Litovsk los social-revolucionarios de izquierda abandonaron la coalición con los bolcheviques y empezaron a hacerles una oposición implacable.

De modo que Lenin pudo, por lo menos en los primeros meses del poder soviético, realizar su viejo programa aliándose con un partido campesino, revolucionario y democrático, no chauvinista. En tanto que en los meses de Julio a Octubre de 1917, las masas de obreros y soldados se pasaron directamente a los bolcheviques, los campesinos siguieron siendo social-revolucionarios. Pero de social-revolucionarios amigos del gobierno, se transformaron en social-revolucionarios violentamente opositores.

Cuando poco antes de la revolución de octubre, cada partido preparó sus listas de candidatos para la elección de la asamblea nacional, los social-revolucionarios aún no se habían dividido. Social-revolucionarios de derecha y de izquierda, partidarios de Kerenski y de Lenin figuraban amistosamente en la misma lista. Así fué que las elecciones de la Asamblea constituyente dieron un curioso resultado. Kerenski, que había perdido todo apoyo en las masas populares, obtuvo la mayoría en las elecciones. De los 36 millones de votos del total de los sufragios, los bolcheviques obtuvieron 9 millones, los mencheviques 700.000 sin contar el Cáucaso y 1.400.000 con el Cáucaso, porque en Georgia contaban con la mayoría del pueblo. Los social-revolucionarios obtuvieron 21 millones y distintos partidos burgueses 5 millones.

La enorme masa de campesinos que sufragó por los social-revolucionarios, votó por la expropiación de los terratenientes y no por Kerenski. Pero a la cabeza de las listas social-revolucionarias estaban en casi todas partes los partidarios de Kerenski, que así obtuvieron su mandato. Cuando en Enero de 1918 se reunió la Asamblea nacional, Lenin estaba decidido a combatirla, pues no quería echar a perder el resultado de la revolución victoriosa por una mayoría parlamentaria que ya no representaba a la mayoría del pueblo.

El gobierno soviético exigió que la Asamblea nacional reconociera la revolución de Octubre, el nuevo gobierno y su programa. Cuando la mayoría de la Asamblea nacional se negó a ello, los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda abandonaron la sala. El Comité ejecutivo central, la comisión permanente del congreso panruso de los soviets, decidió la disolución inmediata de la Asamblea nacional y el pseudo parlamento fué disuelto por la fuerza. Si Lenin hubiera llamado entonces a nuevas elecciones el gobierno soviético hubiera obtenido una aplastante mayoría en el país. Pero no lo hizo. En la nueva Constitución rusa no cabía el parlamento, pues según Lenin y los bolcheviques, los soviets eran una mejor forma de democracia y junto al congreso panruso de los soviets era superfluo un Parlamento especial.

Antes de la toma del poder los bolcheviques le prometieron al pueblo ruso libertad y tierra, paz y pan. De inmediato se dedicaron a cumplir sus promesas. El gobierno bolchevique destituyó a los viejos funcionarios y oficiales y dió en todas partes autoridad ejecutiva a los soviets. Así entraba en vigor la libertad. El nuevo gobierno puso en acción el control de los obreros so-

bre las fábricas, para estimular la producción y asegurar de tal modo a las ciudades artículos alimenticios y de primera necesidad. Ofreció la paz a todas las potencias enemigas y autorizó a los campesinos para apoderarse de las tierras de los latifundistas.

¿Cómo se realizó este programa de gobierno de los soviets? En primer lugar, resultó irrealizable la idea de Lenin sobre el control de la producción. Pues era imposible mantener a los obreros armados y exaltados por la victoria, en los límites de una reforma tan mesurada. Por el contrario, en todas partes los obreros expulsaron a los industriales y se apoderaron de las fábricas. Este proceso se produjo exactamente como lo había profetizado Trotsky. La revolución burguesa fué superada así, al principio en las ciudades y centros fabriles, por el impulso espontáneo de las masas.

Sólo paulatinamente se acomodó Lenin a ese cambio. En la "Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado" adoptada por el Congreso panruso de los soviets en enero de 1918, se encuentra aún una fórmula conciliadora: "Como primera medida para el completo paso de las fábricas, usinas, minas, ferrocarriles y demás medios de producción y de intercambio a manos de la república soviética de obreros y campesinos y para asegurar el poder del pueblo trabajador sobre los explotadores, se confirma la ley soviética sobre el control de los obreros y sobre el soviet económico superior".

En el papel sólo se trataba del "primer paso" para la expropiación de las fábricas, pero en realidad ya había tenido lugar la expropiación completa. Recién el 28 de junio (11 de julio) apareció el decreto sobre la nacionalización de toda la gran industria. Al respecto téngase en cuenta de que el decreto sobre la supresión de la propiedad privada de los terratenientes apareció ya el primer día del nuevo gobierno, el 26 de octubre (8 de noviembre).

En la obra oficial del soviet escrita por Larin y Kritzman sobre "La vida y la edificación económica en la Rusia soviética de 1917 hasta 1920", se lee lo siguiente: "Es difícil que ahora exista alguien que piense seriamente que la revolución que se está desarrollando sea algo artificial. Es más bien un proceso elemental e irresistible. En cuanto fué barrido a fines de 1917 el poder político de la burguesía, la voluntad de clase del proletariado se exteriorizó, libre ya de toda traba, en una caótica persecución de los empresarios y en la toma de posesión de las fábricas. Los resultados fueron necesariamente la destrucción de los viejos lazos económicos y, no rara vez, el paro de las

fábricas. La administración obrera, especialmente la estrecha y elemental de los obreros de cada fábrica, resultó a menudo incapaz de dirigir las, pues esta capacidad sólo podía ser adquirida con la práctica. La acción del gobierno soviético en el terreno económico consistió en gran parte en introducir en el movimiento elemental de las masas proletarias y campesinas un plan y una organización".

En otro lugar dicen estos mismos autores:

"La consigna del proletariado era el control obrero sobre los industriales, por el cual los empresarios no podían tomar ninguna resolución, sin previa aceptación del soviet de la fábrica. El movimiento de noviembre trató de poner en práctica dicha consigna. El decreto del gobierno soviético obligaba a los patrones, a establecer en todas las fábricas el control obrero. Sin embargo, este control resultó no sólo una medida incompleta, sino también irrealizable. La consigna del control obrero expresa la fuerza creciente, pero todavía insuficiente del proletariado, es decir, de la debilidad, aun no superada, del movimiento. El empresario no estaba dispuesto a dirigir la fábrica con el sólo objeto de que los obreros aprendieran a hacerlo (pues era éste el propósito secreto del control obrero después del movimiento de noviembre). Por otro lado, los obreros, llenos de odio contra el capitalista, no estaban dispuestos a seguir siendo un objeto de explotación en el trabajo. Fué esto lo que obligó, a pesar de una preparación insuficiente, a dejar que el proletariado se hiciera cargo de la administración de las fábricas, aun allí donde nominalmente sólo se trataba de control obrero".

Es, por tanto, un hecho indiscutible, que no fueron los bolcheviques los que expropiaron a los industriales rusos, sino que lo hicieron los obreros espontáneamente, contra la voluntad de los bolcheviques. A Lenin no le quedó otro remedio que legalizar la acción de los obreros. Por eso el gobierno soviético se dedicó a agrupar las fábricas aisladamente expropiadas, a crear órganos económicos directivos para cada industria y ensayar de este modo una producción metodizada.

Se chocaba para ello con enormes dificultades. La situación económica del país que ya en 1917 era seria, se hizo catastrófica en 1918-1919. Con la paz por separado Rusia perdió, por completo, el apoyo económico de las potencias aliadas. En su lugar, empezó el bloqueo de Rusia por la flota de la Entente y el aislamiento del país respecto del exterior. Cuando en 1918 los alemanes ocuparon Ucrania, la Rusia soviética se vió separada de la cuenca carbonífera del Donetz y del petróleo del Cáucaso.

Debido a la escasez de materias primas y al desgaste completo de las máquinas, la industria rusa quedó paralizada en gran parte. La mayoría de las fábricas quedaron paradas y sus obreros regresaron al campo.

Dado el estado desastroso de los medios de transporte y el caos que reinaba entonces en el campo, sólo pocos artículos alimenticios llegaban a las ciudades. Toda la población de las ciudades padeció hambre desde 1918 hasta 1920. La posesión de los rublos de papel desvalorizados no permitió a nadie mejorar su situación. Así desapareció de hecho en las ciudades la diferencia entre ricos y pobres y toda diferencia de clases. La igualdad de los hombres se había realizado en una especie de comunismo del hambre. Ninguna de las esperanzas de salvación económica de Rusia tal como figuran en los opúsculos de Lenin del otoño de 1917, llegó a cumplirse. Lenin y sus partidarios no tenían la culpa de ello; fué consecuencia de la guerra mundial y de la aniquiladora guerra contra la burguesía, que en Rusia siguió a aquella.

En el campo la revolución bolchevique se encontró con cuatro clases: los terratenientes, los campesinos ricos o kulaks, los campesinos pobres y los trabajadores del campo. Después de la supresión de la servidumbre y, especialmente, después de la revolución de 1905, los terratenientes habían vendido parte de sus tierras. Los compradores fueron aquellos campesinos que poseían dinero. Se formó así entre la clase de los nobles y la masa de los campesinos pobres, la capa de los campesinos ricos, que se dedicaban además a la usura. En los campos administrados directamente por los terratenientes y también en las posesiones de los campesinos ricos trabajaban los obreros del campo. Pero la mayor parte de las tierras de los terratenientes no eran explotadas directamente por éstos, sino que estaban divididas en pequeñas parcelas dadas en arriendo a los campesinos pobres. La situación de estos pequeños arrendatarios, agobiados de impuestos y contribuciones, era extraordinariamente difícil.

Por tanto, en el campo se decidieron por la revolución social los campesinos pobres y los obreros agrícolas. Los terratenientes y los campesinos ricos defendían el orden existente. La revolución emprendió la expropiación completa de los terratenientes y obligó a los campesinos ricos que entregaran una parte considerable de sus tierras a los pobres del campo. Los obreros agrícolas recibieron también su parte de tierra. Desaparecieron así dos de las cuatro clases campesinas y las dos restantes, las de los campesinos ricos, y pobres se igualaron.

Cuando aproximadamente en 1919 se pudo apreciar el resultado de la revolución agraria en toda Rusia, se vió que en todas partes había aparecido una masa uniforme de pequeños propietarios campesinos. Estos sabían lo que debían agradecerle a la revolución bolchevique. Estaban dispuestos a oponerse a la vuelta de la vieja situación aun exponiendo sus vidas. Sólo con la ayuda voluntaria de las masas de campesinos fué posible la creación del ejército rojo y la victoria del gobierno soviético sobre los generales blancos. Pero en todas las cuestiones económicas los campesinos fueron egoístas. Durante el gobierno zarista y durante la guerra habían sufrido bastante hambre. Ahora querían quedar satisfechos. Sólo estaban dispuestos a enviar artículos alimenticios a las ciudades a cambio de servicios equivalentes. El pago en rublos de papel desvalorizados no les tentaba ni a producir ni a vender.

El gobierno soviético envió al campo todas las mercaderías que la reducida industria rusa podía producir, para entregárselas a los campesinos a cambio de los artículos alimenticios. No obstante, el envío de trigo a las ciudades fué insuficiente. Para alimentar al ejército rojo y para dar un poco de pan a los obreros se procedió finalmente a la requisita violenta. Esto hizo que el campesino no se sintiera contento de su nueva propiedad, puesto que no podía aprovecharla económicamente. Dado que no existía verdadera moneda ni libertad de comercio, el campesino no podía vender el sobrante de sus cosechas y si se lo descubrían se lo quitaban. Desde 1918 hasta 1920, la ciudad y el campo, los obreros y los campesinos estaban unidos contra la reacción aristocrática, pero psicológica y económicamente estaban absolutamente separados, y el gobierno soviético no estaba en condiciones de salvar el escollo.

Poco después de la toma del poder, los bolcheviques invitaron a todas las potencias beligerantes a concluir la paz. La Entente no prestó ninguna atención a la proposición de los "traidores". En cambio, Alemania y Austria-Hungría concertaron de buen grado un tregua con la Rusia soviética y empezaron las negociaciones de paz de Brest-Litovsk. Durante las negociaciones se hizo evidente la debilidad militar de la Rusia soviética; pues el ejército ruso, completamente desmoralizado, se disgregó. Los campesinos soldados tuvieron prisa en regresar a sus aldeas para participar en la nueva repartición de las tierras.

El Estado Mayor alemán, que entonces ejercía el verdadero gobierno, se aprovechó sin consideraciones de la debilidad de Rusia. Al país vencido le fué impuesta una paz que le quitaba

durante mucho tiempo la posibilidad de vida. Lo fundamental no era en este caso la separación de los territorios limítrofes occidentales: Polonia, Finlandia y las provincias del mar Báltico, sino la separación de Ucrania, todo el sur de Rusia. Esto significaba perder el granero del país, las más importantes regiones de carbón y petróleo y la salida de Rusia al Mar Negro. La así llamada Ucrania independiente estaba en poder de las tropas alemanas, que se extendieron hasta el Cáucaso. El resto de la Rusia soviética quedaba rodeado al oeste y al sur por el ejército alemán. Parecía cuestión de tiempo, pero llegaría el momento en que el general Ludendorff daría la orden de ocupar Moscú.

Por tanto, a comienzos de 1918 la Rusia revolucionaria fué víctima de una terrible catástrofe nacional. Es humanamente comprensible que muchos bolcheviques destacados y, también, los socialrevolucionarios de izquierda no quisieran firmar una paz como esa y prefirieran perecer luchando. Pero Lenin puso todo el peso de su autoridad para que se aceptara el tratado de Brest-Litovsk. Su pensamiento fué el siguiente: si no se tiene armas no se puede hacer la guerra y los gestos teatrales no modifican las cosas; la Rusia soviética debe aceptar esta paz por mala que sea, para ganar tiempo. Había que aprovechar esta tregua para hacerse económica y militarmente fuertes y esperar la revolución alemana.

Lenin debía contar con un peligro como el de la paz de Brest-Litovsk, dado que había lanzado la consigna de la inmediata suspensión de la guerra imperialista. La desorganización de la defensa nacional podría crear una situación en la que el nuevo gobierno revolucionario quedara indefenso. Para evitar un Brest-Litovsk, Kerenski y los partidos que lo apoyaban continuaron la guerra e intentaron la famosa ofensiva. El que rechazara esta defensa del país, también debía cargar con las consecuencias de esta decisión. La actitud de Lenin era completamente lógica, y después de serias divergencias convenció al partido de que no era posible otra política.

La derrota militar de Alemania en el verano y otoño de 1918 y luego la revolución de Noviembre salvaron a Rusia del peligro alemán. Pero tanto más grave se hizo la oposición de la Entente, que desde su paz por separado con Alemania consideraba al estado bolchevique como a su peor enemigo. Ya en el verano de 1918 empezó el levantamiento de las legiones checo-eslovacas. Estaban formadas de prisioneros austriacos de nacionalidad checa, que habían sido armados por el gobierno zarista. Dada la debilidad militar de la Rusia soviética los checo-eslovacos,

que se consideraban parte de los ejércitos aliados, se apoderaron de la cuenca del Volga y empezaron a preparar la marcha sobre Moscú.

Con inmensas dificultades el gobierno soviético logró juntar tropas capaces de luchar. Trotsky fué nombrado comisario del pueblo para la guerra y puso toda su energía en crear el ejército rojo. En septiembre el ejército rojo reconquistó a Kazán y expulsó a los checo-eslovacos del Volga. Esta fué la primera victoria militar del ejército rojo en una lucha seria.

Después del derrumbe de Alemania, la Entente renovó sus esfuerzos para derrotar a la Rusia soviética. Antiguos generales zaristas fueron financiados por Inglaterra, Francia y Japón, y provistos de todos los materiales de guerra necesarios. Desde el Mar Negro y el Mar del Norte, desde el Mar del Este y desde el océano afluían los guardias blancos con ayuda de la Entente. Los peores enemigos del poder soviético eran el general Koltshak en el Este y el general Denikin en el Sur.

La guerra civil se caracterizó por su extraordinaria crueldad. Los blancos trataron de atemorizar a los obreros y campesinos con las matanzas en masa y el terror, para vengarse de la revolución. Los bolcheviques contestaron al terror blanco con el terror rojo. Algunos actos violentos aislados del gobierno soviético durante los años de guerra civil, los fusilamientos en masa, etc., permiten diversidad de opinion; pero históricamente, visto con altura, el pueblo ruso estaba en legítima defensa contra una contrarrevolución cruel.

Tras largas y azarosas luchas, que duraron hasta 1920, el ejército rojo venció en todos los frentes. El gobierno soviético ocupó en Asia todos los países que anteriormente habían pertenecido al gobierno del zar. Conquistó el Cáucaso y en Europa la Ucrania y la costa del Mar Negro. En el Oeste quedaron independientes de Rusia, Finlandia, los Estados Bálticos y Polonia. Las victorias militares de los años 1918-1920 dieron a los bolcheviques autoridad extraordinaria en el país. Quedó borrada así la vergüenza de Brest-Litovsk. Los obreros y campesinos rusos podían estar orgullosos de haber rechazado victoriosamente las intervenciones de varias potencias imperialistas. Desde entonces fueron idénticos para las masas los conceptos de "bolchevismo" y de "revolución rusa".

Los bolcheviques llevaron a buen término la lucha armada y decisiva contra los oficiales zaristas y los terratenientes. Trotsky y Lenin vencieron a Koltshak y Denikin. Todos los demás partidos, liberales, mencheviques, socialrevolucionarios, etc,

fueron triturados por ambos bandos beligerantes. Los bolcheviques adoptaron en la guerra civil el principio de que el que no estaba con ellos estaba contra ellos. Convencieron a las masas de que todos los partidos no bolcheviques eran igualmente contrarrevolucionarios.

Cuando en Rusia terminó la guerra civil, la revolución había vencido a sus enemigos. Pero al mismo tiempo el pueblo ruso había perdido su reciente libertad democrática encarnada en los soviets, y quedó establecida la dictadura absoluta del partido bolchevique desde Petersburgo hasta el océano Pacífico.

Los Libros

“EL PENSAMIENTO VIVO DE RODÓ”

A principios de 1929, mucho antes de la política del buen vecino y de toda oficialización panamericana de la inteligencia, el director de “Amauta” escribió estas palabras proféticas: “La oposición de idiomas, de raza, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca útil y fecundamente sobre las almas”. Entonces algunos arielistas dejaron oír sus tenues protestas no tanto contra el pobre Mariátegui como en favor del insigne “maestro de las juventudes”, título que Vasconcelos y otros “alados mensajeros del pensamiento” se disputaban por aquella época en plural corrido... Pero más recientemente, a tiempo que otro peruano menos preciso, arremetía en Buenos Aires contra la obra total de Rodó, un profesor de Montevideo hizo su abierta defensa en un folleto con muchos extractos destinados a probar que no todo era retórica en la obra del autor de “Liberalismo y Jacobinismo”.

Hé aquí un botón de muestra si para muestra basta un botón:

“El escritor es genuinamente un obrero, y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensamiento. En serlo tiene su más alta dignidad. Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado el polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática, y ese título es el de *obrero*. Esta es una aristocracia imprescindible, porque el obrero es por definición, “el hombre que trabaja”, es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quién de algún modo no es obrero debe eliminarse o ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol, y el aliento del aire y el jugo de la tierra para que gocen de ellos los que trabajan y producen; ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta, ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas”.

Sin embargo, no es este singular profesor uruguayo quien nos presenta hoy "El pensamiento vivo de Rodó", sino un poeta hipocrático, que parece ofrecerlo embalsamado en su propia contextura literaria.

Este artificio viene repitiéndose con frecuencia en los últimos volúmenes de la espléndida colección Losada. Desde luego, en casi todos los de autores españoles e hispanoamericanos, cuyos exégetas se diría que pretenden hacerlos pasar patrióticamente por lo que no fueron.

Quizá la perspectiva de una traducción extranjera o de varias a la vez, ha envanecido exageradamente a más de un restaurador nacionalista. En el caso de Rodó, a decir verdad, si algo de su obra puede interesar fuera de nuestro idioma, no es precisamente la mayor parte de lo que aparece ordenado en este volumen por el doctor Emilio Oribe. Aun dentro del nuestro, no apasiona ya esta literatura de literatura.

El volumen consagrado a Emerson, a cargo también de un poeta, y sin duda el mejor de la serie llamada "El pensamiento vivo", no ha hecho, por desgracia, escuela entre nosotros. Un Lacunza, un Bello, un Montalvo, un Martí, un Varona espigados de igual manera y con algunos discursos incompletos, podrían tal vez emularlo con éxito; pero a la zaga, es claro, de un Quevedo, un Vico, un Chamfort, un Goethe, un Swift, etcétera.

E. E.

OTROS LIBROS RECIBIDOS

The Jew in our day by Waldo Frank, Duell, Sloan and Pearce, New York 1944.

Ensayos, por B. Sanin Cano, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Bogotá.

To Whom It May Concern by James T. Farrell, Vanguard Press, New York, 1944.

My days of Anger by James T. Farrell, Vanguard Press, New York, 1944.

El Pensamiento Liberal en los Estados Unidos, por Rudolf Rocker, Americalee, Buenos Aires, 1944.

Historia de la Revolución Francesa por Pedro Kropotkin, Colección Universal de Ciencias Sociales, Americalee, Buenos Aires.

La Isla y los Trabajos, por Julian Petrovick, Editorial Pacífico, Santiago de Chile, 1944.

Colaboradores de este volumen

CASSOU, Jean.—"Flora Tristán y *La Unión Obrera*, (117-119) es el fragmento final de un estudio acerca de "Los obreros del 48" aparecido en "Commune".

DIEZ, Laín.—"Raza calumniada", (76-86) ha sido escrito especialmente para nuestra revista y es digno complemento del trabajo inédito que sobre los mineros del Norte exhumamos de los papeles póstumos de Baldomero Lillo.

EINSTEIN, Albert.—La "Alocución a los estudiantes del Instituto tecnológico de California, (3-4) apareció originariamente en *A Treasury of Science*, Harper and Brothers, New York, 1943.

FARRELL, James T.—"La fé de Lewis Mumford", (95-108) nos fué remitida por su autor, que publicó una versión original mucho más extensa en *The Southern Review* de la Universidad de Louisiana.

FELIPE, León.—"No me contéis más cuentos" (5-6) es la introducción a un extenso poema titulado "Un signo, quiero un signo" aparecido en los "Cuadernos Americanos" de Mexico, donde reside actualmente nuestro amigo español.

FRANCO, Luis.—El poema "Hacia lo venidero" (63-64) es uno de los más representativos del autor de "Suma". Rogamos corregir su verso décimo cuarto cuyo texto es: Miro la luz por sus ojos, en su abrazo palpo el mundo".

GONZÁLEZ, Eugenio.—"El borrón de la hispanidad", inicia en las páginas de BABEL la colaboración del distinguido profesor y novelista chileno, autor de "Más Afuera", "Destinos" y "Noche".

GONZÁLEZ VERA, J. S.—"La incógnita", (35-36), "Escala mística" (90-94) y "Buscadores de Dios", (120-122) han sido escritas especialmente por el autor de "Alhué" y "Vidas Míminas" para BABEL.

GÓMEZ, Hernán.—"Los mártires" y "Vencedores de la muerte", (45-46) del joven poeta argentino pertenecen a la misma serie de las "Estampas de Castela", que adelantamos en nuestro número 20.

LEFEBVRE, Henri—"Nietzsche y el fascismo hitleriano" (113-116) es el capítulo final de un estudio acerca del filósofo alemán, según la versión de Angeles H. de Gaos; pero siguiendo asimismo el texto aparecido anteriormente en *Commune*, de París.

LILLO, Baldomero.—Su conferencia inédita, “El obrero chileno en la pampa salitrera”, (27-34), fué pronunciada en la Universidad de Santiago en 1910 y se ha conservado gracias a la devoción de su albacea y biógrafo J. S. González Vera.

LUQUE HIDALGO.—“Qué pasa en la Argentina”, (37-42), son reflexiones de un escritor de la provincia de Córdoba cuya verdadera identidad no podemos indicar por motivos obvios.

MANN, Thomas.—“Fantasmas verbales”, (109-112), es parte de una conferencia publicada íntegramente por nuestro colega, *Deutsche Blaetter* con cuyo asentimiento y el del autor la ha traducido para BABEL, Mauricio Amster.

MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel.—“Mercados y librerías”, (87-89), es un fragmento de “La Cabeza de Goliath” libro de que sólo se ha hecho una edición privada que apenas ha circulado fuera de Buenos Aires.

MONTENEGRO, Ernesto.—“Integridad de Baldomero Lillo”, (15-26), es un trabajo inédito que su autor nos ha remitido desde Nueva York como un anticipo de su próximo volumen: “De descubierta”.

REGLER, Gustav.—“Leche negra”, (53-62), es otro capítulo de la obra “Hijo de la tierra de nadie” que como el anterior, nos fué remitido por el gran escritor alemán desde Mexico. Lo tradujo también Mauricio Amster.

ROJAS, Manuel.—“España otra vez”, (11-14) y “Versos para la Revolución de Octubre”, (136-138), fueron escritos especialmente para BABEL por el autor de “Lanchas en la Bahía”.

ROSENBERG, Arturo.—“Cómo tomaron el poder los bolcheviques” (147-162), es la primera parte del Capítulo VI de la “Historia del bolchevismo” publicada en su idioma original en 1932 y traducida al inglés para las prensas de la Universidad de Oxford y al francés para una colección dirigida por Jean Guehenno. Nuestra traducción ha sido hecha del texto alemán.

SANIN CANO, B.—“Un liberal a la antigua, un amante a la moderna”, (128-135), pertenece a la penúltima colección de *Ensayos* que nos ha remitido su autor, ligado desde antiguo a nuestra revista.

SEDOVA TROTSKY, Natalia.—“Así fué”, (43-52) constituye un verdadero documento histórico que nos fué proporcionado directamente por su autora desde México.

WILSON, Edmund.—“Arte, marxismo y literatura”, (141-146), es parte de un ensayo mucho más completo aparecido en *The New Republic* de Nueva York hace más de diez años, y que traducimos por primera vez a nuestro idioma como otros ensayos del mismo autor.

Índice alfabético del volumen IV de BABEL

(Números 22, 23 y 24)

Cassou, Jean / Flora Tristán y “La Unión Obrera”	117
Díez, Laín / Raza calumniada	76
Einstein, Albert / Alocución a los estudiantes	3
Engels, Federico / Carta a Carlos Marx	70
Espinoza, Enrique / La guerra y los intelectuales	7
Centenario de una amistad ejemplar	65
Las revistas: “Repertorio Americano”	107
B. Sanin Cano	123
Los libros: “El Pensamiento vivo de Rodó”	159
Farrell, James T. / La fé de Lewis Mumford	95
Felipe, León / No me contéis más cuentos	5
Franco, Luis / Hacia lo verdadero	63
Gómez, Hernán / Los mártires, Vencedores de la muerte	145
González, Eugenio / El horcón de la hispanidad	73
González Vera / “La incógnita”	35
Escala mística	90
Buscadores de Dios	120
Lefebvre, Henri / Nietzsche y el fascismo hitleriano	113
Lillo, Baldomero / El obrero chileno en la pampa salitrera	27
Luque, Hidalgo / ¿Qué pasa en la Argentina?	37
Mann, Thomas / Fantasmas verbales	109
Martínez Estrada, Ezequiel / Mercados y librerías	87
Marx, Carlos / Carta a Federico Engels	69
Montenegro, Ernesto / Integridad de Baldomero Lillo	15
Regler, Gustav / Leche negra	53
Rojas, Manuel / España otra vez	11
Versos para la Revolución de Octubre	136
Rosenberg, Arthur / Cómo tomaron el poder los bolcheviques	147
Sanin Cano, B. / Un liberal a la antigua, un amante a la moderna	128
Sedova Trotsky, Natalia / Así fué	43
Wilson, Edmund / Arte, marxismo y literatura	139

“HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA”

*La Historia, el Arte y la Literatura del Mundo
Tres obras en una*

TODOS los genios de la literatura universal parecen volver de nuevo a la vida en las exquisitas páginas de esta HISTORIA maravillosa. Nunca ha existido una oportunidad mejor para conocer, en cuerpo y alma, a los que concibieron las creaciones artísticas y literarias más sublimes. Los TRECE volúmenes de la HISTORIA DE LA LITERATURA—hermosos volúmenes de majestuosa presentación y riquísimo contenido—recogen las más excelsas expresiones del ser humano. En ellas encontrará el lector la gracia divina de los poetas y la severa profundidad de los filósofos. Sus páginas nos presentan la exquisita prosa de los más grandes literatos y la inspiración genial de los que inmortalizaron su nombre a través de la piedra, la pintura y el mármol. . .

Nada de lo que tenga un valor perdurable queda al margen de sus TRECE volúmenes. La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI abarca todas las culturas y dá a cada una de ellas la trascendencia que en la Historia Literaria le corresponde. El más ilustre filólogo del mundo se ha unido en esta ocasión a JOSE PIJOAN, uno de los críticos e historiadores españoles más eminentes, para ofrecer al público de lengua castellana una obra monumental, única en su género. Por último, también han intervenido los más esclarecidos escritores de América Latina para desarrollar los capítulos correspondientes a nuestro Continente.

**13 grandes volúmenes — Más de 7,000 páginas
3,200 ilustraciones**

**Editores y Distribuidores Exclusivos
EDITORIAL GONZALEZ PORTO Ltda.**

*Merced 709 — Teléfono 30397 — Casilla 165 - D
Santiago de Chile*

**CONSULTENOS SOBRE AMPLIAS FACILIDADES DE PAGO, Y LE
REMITIREMOS FOLLETO ILUSTRADO DESCRIPTIVO**

Cuatro Grandes Novelas

acaban de aparecer en la

Biblioteca ZIG - ZAG

LA PRIMAVERA DE LA VIDA, LOS PICAROS SENTIMENTALES,
por Nicolás Garin *por O. Henry*
EL DISCIPULO, PRIMAVERA MORTAL,
por Paul Bourget (Vol. doble) *por Zilahy Lajos*

*Bellos volúmenes de bolsillo, cada uno, \$ 8.—
(Volumen doble, \$ 15.—)*

* * *

OTROS TITULOS DE LA COLECCION:

BENITO CERENO, LA MADRE Y EL NIÑO,
por Herman Melville *por Charles Louis Philippe*
SENILIA, HISTORIETAS NACIONALES,
por Iván Turgueniev *por P. A. de Alarcón. (Vol. doble)*
EL DUELO, LAS HIJAS DEL CORONEL,
por Joseph Conrad *por Katherine Mansfield*
LAS MOCEDADES DEL CID, EL PUENTE DE SAN LUIS REY,
por Guillén de Castro *por Thornton Wilder*
OBRAS COMPLETAS, LA EVA FUTURA,
de Garcilaso de la Vega *por Villiers de l'Isle-Adam. (Vi. doble)*
LA PEQUEÑA CRONICA,
de Ana M. Bach

y otros muchos. Consulte nuestro catálogo

NOVEDAD SENSACIONAL

La Guerra con las Salamandras

por Karel Capek

Una novela satírica que presenta, bajo un apasionante suceso fabuloso, la crítica más sutil, amena y profunda sobre nuestra época, sobre el mundo actual y sus conflictos.—Un bello volumen, en papel pluma, \$ 50.—

*En todas las buenas librerías. Para Chile, remitimos
contra reembolso, sin gastos de franqueo, para el comprador.*

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84 - D

Santiago de Chile

B
A
B
E
L

D
h
C
I

24